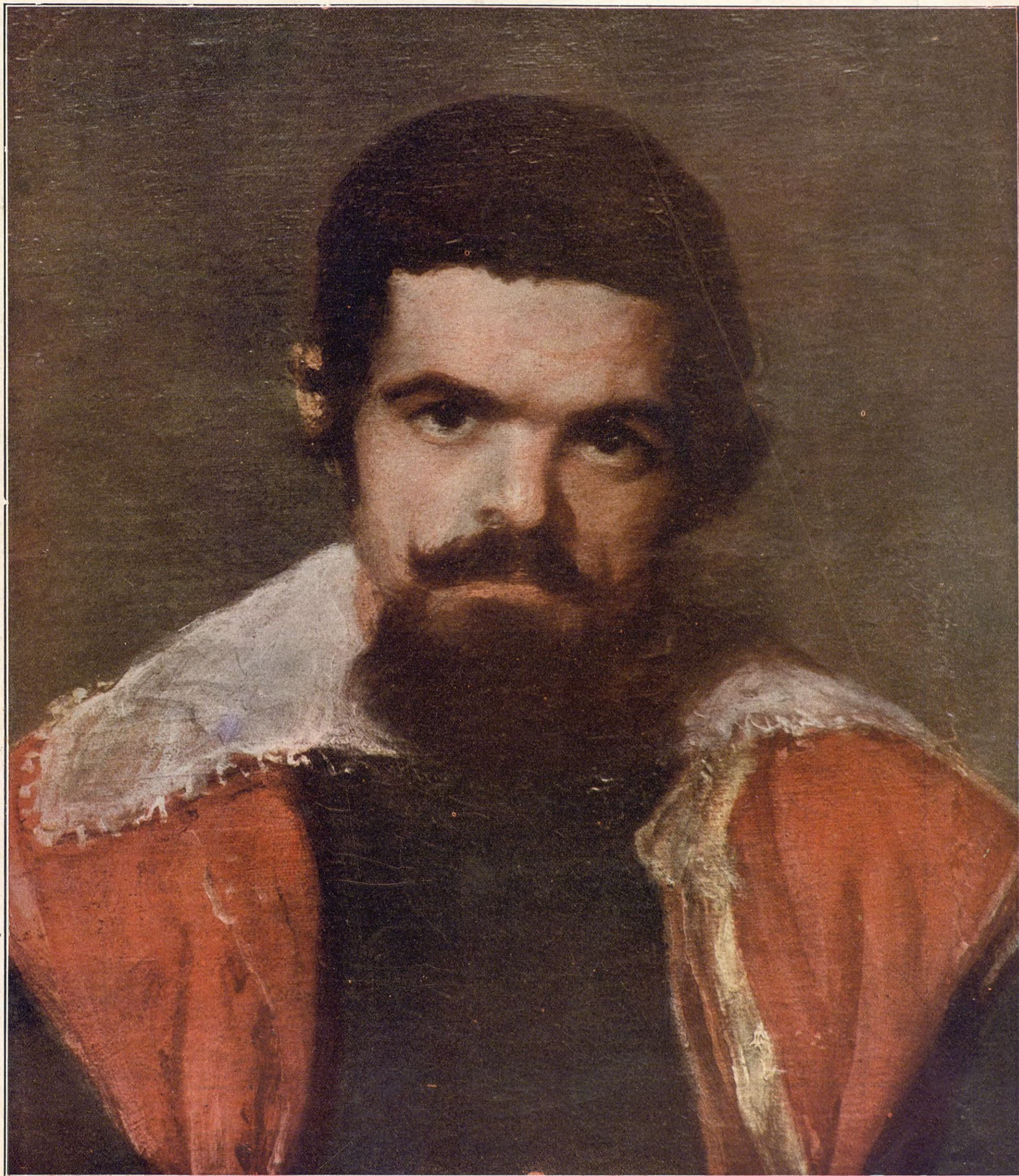


La Esfera



Año I * Núm. 49

Precio: 50 cénts.



DON SEBASTIÁN DE MORRA, cuadro de Velázquez (Museo del Prado)



LA MADRE SE CONFUNDE CON SU HIJA PORQUE USA EL JABÓN DE

HENO DE PRAVIA

Ehrmann.

Año I

5 de Diciembre de 1914

Núm. 49

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ALMIRANTE VON INGENOHE

Comandante en jefe de las fuerzas navales alemanas, y una de las primeras figuras militares del Imperio

DE LA VIDA QUE PASA
EL ARTE Y LA GUERRA

El dolor pasa; el estrago de la guerra se remedia; los campos arrasados vuelven á dar pr6vidas cosechas; las ciudades derruidas alzarán de nuevo sus torres al cielo. En la Humanidad el espíritu del Bien vence siempre al Mal. Y como ángel precursor el Arte va borrando las huellas del dolor, espiritualizando y embelleciendo las horas más trágicas, las escenas más sangrientas... Luego la Historia analiza y justifica estos retrocesos de las naciones á la bestialidad primitiva y, al cabo, en la memoria de los hombres se trueca en epopeya gloriosa lo que fué crueldad y barbarie. Nada más tremendo vió la Humanidad que el fiero guerrear de Napoleón; todas las naciones padecieron su ira y las mujeres de toda Europa tuvieron lágrimas y maldiciones para aquel gran cómplice de la Muerte. El transcurso de un siglo le redime; Meissonnier engrandece su figura y todas las Artes le rodean de la aureola de los inmortales.

Las más bellas páginas de la literatura, los cuadros más hermosos, las esculturas más gallardas, los himnos más vibrantes, el Arte entero, desde la Iliada á la Rendición de Breda, tiene para la guerra sus más admirables concepciones.

Es inútil que los ideólogos y los espiritualistas y los economistas y los sociólogos, cada cual desde su punto de vista, prediquemos pacifismo y anunciemos que llegará un día en que los fusiles se enmohezcan en los armeros y los cañones solamente se instalen, para asombro de las generaciones, en los museos arqueológicos, y los explosivos se empleen exclusivamente en los menesteres de la ingeniería y de la industria, para poner en manos del hombre fuerzas superiores á las fuerzas de la Naturaleza. No; la guerra acompañará á la Humanidad hasta su fin y la Ciencia será su servidora más fiel y el Arte su esclavo más leal.

Dentro de un siglo la guerra actual, la más grande que relatará la Historia, toda crueldad ahora, toda espanto y dolor, inspirará á los poetas y á los pintores, á los escultores y á los músicos. Parecerán titanes estos hombres que se disputan palmo á palmo la posesión de la tierra; de ellos se hará una nueva Mitología. En las bibliotecas estas colecciones de periódicos, estos libros que ahora publi-

camos, se rebuscarán afanosamente; en los museos estas obras de arte que ya comienzan á modelarse, serán admiradas y se dirá de nosotros, los hombres del siglo xx, que nos creíamos inferiores, degenerados, viciosos, corrompidos, lo que decimos nosotros de las generaciones

tremendo de la guerra; el dolor de los humildes, de los que mueren, de los que quedan sin amparo, de los hambrientos, de las mujeres y los niños. A su lado, en una exposición pública, ha colocado el escultor un busto del Kronprinz, vencedor de Longwy, y otro del general von Hindenburg, que se bate en el Oriente contra la avalancha rusa. El Emperador visitó esta exposición y estrechó la mano del artista, diciéndole: «Como un héroe habéis ganado la Cruz de Hierro.»

¡La Cruz de Hierro! He ahí el símbolo por cuya posesión millares de hombres se lanzan á la muerte. Jamás podrían resonar con mayor acento de verdad las sabias palabras de Salomón: «¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!» Porque he ahí lo que es la Cruz de Hierro. Un orfebre, en el refugio de su taller, con un troquel y un escoplo, un cinzel y un mazo, va convirtiendo trozos de hierro en una sencilla cruz, donde el águila imperial abre sus alas. Y como la guerra es dura y luchan en ella tres millones de hombres y son infinitos los héroes y los heridos infinitos, el orfebre trabaja día y noche y las cruces van sa-



Un operario alemán trabajando en la fabricación de cruces de Hierro, que se otorgan en la guerra actual

que conocieron á Aquiles, á Aníbal, á César, al Gran Capitán, á D. Juan de Austria, á Napoleón, al Empeinado.

Un escultor alemán, Eberlein, ha esculpido el león de la guerra. Obra de arte, vibrante de espíritu moderno, bronce vivo, cuyo rugido resuena hoy en toda Europa, hace olvidar el dolor

liendo de sus manos a docenas, á centenares, á millares, como baratijas de quincallería.

¡Y por eso se lucha, por eso se muere! Sí, por eso. En el cesto del orfebre, donde va cayendo la obra hecha, la cruz de hierro es un tejuelo sin valor ninguno. Sobre el pecho del soldado, puesta allí por la mano de un general ó del propio

Emperador, es el símbolo de las más altas pasiones humanas. Luego, pasados los años, cuando las generaciones nuevas vean á estos inválidos de la guerra actual, saludarán con admiración á los que lleven la codiciada insignia. ¡Toda una vida de orgullo, de vanidad satisfecha, por un instante de peligro, por unas horas de dolor! ¡Oh, bien vale la pena de ser héroe!

Unas palabras que se nos enseñan en el regazo materno, en la escuela, en los periódicos: «dignidad», «orgullo», «honor», «patriotismo», que son más sutiles aún que la Cruz de Hierro, trazan estas páginas admirables que escriben héroes anónimos que se sienten poseídos de la más grande virtud que puede poseer el hombre: el desprecio de su propia vida.



Bustos en mármol representando al Kronprinz y al general Von Hindenburg, expuestos en el Museo de Berlín, y cuyo autor, el célebre artista Eberlein, ha sido condecorado por el Kaiser FOTS. PARRONDO

DIONISIO PÉREZ

ECOS DE LA GUERRA: LA CASA DEL ARTISTA

UNA de las víctimas más simpáticas y heroicas de la presente guerra, es un músico: Alberico Magnard.

Su padre fué el afortunado periodista Magnard, restaurador de *Le Figaro*, un parisien burlón y escéptico que se reía de las «grandes palabras» que entusiasman á los hombres y los llevan á morir por idealismos patrióticos y políticos.

Alberico Magnard, más triste y de carácter más retraído que su progenitor, mostró, sin embargo, igual indiferencia por todas las cosas que han traído revueltos á los franceses en los últimos veinte años. Ni avanzado, ni conservador. No le interesaban las luchas religiosas y nacionalistas. No soñaba en la reconstitución de la vieja Francia, ni en la felicidad de los hombres por el internacionalismo y la paz. El músico sólo vivía para la música.

Algunos artistas no reconocen importancia ni realidad á lo que se halla fuera del círculo de sus aficiones. Su entusiasmo absoluto y exclusivo, tiene mucho de religioso. El título de «sacerdotes del arte» se hizo para ellos.

Si les dicen que la humanidad va á desaparecer en breve plazo, lo lamentan y siguen trabajando. Si alguien les anuncia que el mundo puede estallar en una catástrofe sideral, ven en esta profecía la necesidad urgente de terminar la obra que llevan entre manos, y se enfrasan de nuevo en su labor. Pero que les digan que los hombres pueden vivir sin música, sin pintura ó sin poesía, que las artes no son necesarias para la existencia de la humanidad y se erguirán indignados, con la cólera del fanático ante un sacrilegio ó la extrañeza del que escucha un absurdo irritante.

Alberico Magnard era de éstos: inofensivo y pacífico, como todo hombre que pone su pensamiento por encima de las nubes; distraído é indiferente á cuanto le rodeaba, como los espíritus concentrados que se escuchan y tienen sus sentidos vueltos hacia el interior.

Amaba su arte con un fervor de asceta. Huía del mundo cual si temiese que sus ideales se ensuciasen al ponerse en relación con la muchedumbre. Una ópera suya, *Berenice*, había conseguido éxito. Pero el compositor, después de este contacto con el público, se retiró á la amada soledad, poblada de caricias inmatrimoniales, de relámpagos sonoros, de bellezas impalpables.

Vivía en el campo, en una casa con amplio jardín, á dos horas de ferrocarril de la gran ciudad, pudiendo escuchar por la tarde los conciertos de París y escribir por la noche bajo el pálido redondel de la lámpara, mientras entraba por la ventana la respiración acre del bosque, el hálito de la tierra en descanso, los trinos de los pájaros del misterio y sobre la alfombra iba avanzando la luna, tímidamente, sus sandalias de plata.

□□□

Tener una casa propia, una casa adornada lentamente, con arreglo á los gustos é ilusiones, es el ensueño de todo artista.

El pobre bohemio, para olvidar las penalidades de su miseria, se entretiene proyectando la vivienda del porvenir, la casa que tendrá algún día, cuando sea rico y célebre.

Los más bellos y esplendorosos palacios que pudo concebir la mente humana, se han construido en las buhardillas ó los bancos de los paseos, á lo largo de las noches invernales, por obra de una imaginación apoyada en un estómago vacío.

El millonario puede poseer una casa magnífica con sólo tirar de su cartera. Y el palacio surgió rápidamente de la nada, como las construcciones de las hadas y los *efrits* en *Las mil y una noches*, tiene algo de todos: del arquitecto, del carpintero, del mueblista; de todos, menos de su dueño.

El artista forma la casa amada, entera, ente, con su propio jugo. Es semejante á esos moluscos, que fabrican con sus secreciones el caparazón que los abriga y defiende. Cada adorno, cada mueble, representa un pensamiento, un recuerdo, una ilusión realizada. Los muros parecen vivir una existencia de reflexivo silencio; los muebles respiran; los cuadros hablan; los crujidos nocturnos de la madera, la leve agitación de los tapices, denuncian un alma misteriosa oculta en los objetos inanimados. Es el alma del dueño que se ha transmitido en parte á la envoltura.

Todo artista glorioso, tuvo su vivienda adorada y cuidada como la mejor de sus obras. Víctor Hugo se improvisó mueblista, para adornar con armarios y sifiales góticos el vacío blanco de sus viviendas marineras en Jersey y Güernesey. La casa de Medan de Emilio Zola, fué tan famosa como sus novelas. Alejandro Dumas (padre), aplicó largos años su inagotable facultad imaginativa al planeamiento de un palacio más portentoso que los de su héroe Montecristo. Y pasamos por alto las instalaciones de los pintores célebres, á partir de Rubens. Algunos se

El compositor Magnard, había realizado sus deseos de artista. Las ventanas de su casa aspiraban el verde de los campos, el oro del sol, la humedad susurrante del agua, la sombra fugitiva de la nube, el aletear del pájaro que raya con sus alas el cristal azul del cielo y devolvían después este oxígeno poético en forma de murmullos armónicos, balbuceos de piano que duda antes de formular frases completas, una respiración musical, infiltrando el alma del hombre en la paz rumorosa de la naturaleza.

Las noticias de un mundo remoto no consiguieron turbar este diálogo entre el artista y sus creaciones: ¡La guerra!... Un gesto de contrariedad del músico, pero no por esto deja de sentarse al piano. ¡El enemigo que se acerca!... La conversación entre el hombre y la melodía sigue sin interrumpirse. ¡Los ulanos que llegan!... Calla el piano repentinamente, el compositor se pone de pie y mira en torno, como un hombre que despierta.

Todo el vecindario huye. Junto á las paredes de la casa ha pasado una corriente de familias en fuga, de madres que lloran tirando de sus hijos, de animales domésticos que participan del general

terror, de carretas enganchadas á toda prisa, con montones de muebles y ropas en informe revoltijo de catástrofe.

A lo lejos flamean los pueblos bajo un dosel de humo y pavesas. La guerra se ha perfeccionado. Hasta hace poco los enemigos, procediendo rutinariamente, se limitaban á alojarse en las casas invadidas, viviendo á costa del vecindario. Una civilización superior que sabe extraer del pasado las buenas enseñanzas, acaba de disipar estos errores, haciendo la guerra con arreglo á las gloriosas prácticas de la época de las cavernas. El enemigo se lo come y se lo bebe todo; envía á su familia lo que queda; incendia la casa considerándola inservible, y fusila á los habitantes para que no sufran al verse sin techo. El terror es una garantía de victoria.

Alberico Magnard, mira sus cuadros, sus libros, la mesa en la que deposita como en una cuna sus melodías nacientes, el piano que es su voz, los divanes en cuyos almohadones ha descansado tantas veces

su cabeza cargada de musicales ensueños.

Que los hombres se maten en pleno campo, si tal es su gusto. ¡Pero trastornar con sus pasos de hierro el silencioso recogimiento de la casa del artista! ¡Encender la pipa con pedazos de sus partituras, meter las espuelas en sus muebles, instalarse ante el amado instrumento para teclear canciones de cuartel!... ¡Ah, no!

El músico, tímido y pacífico, se yergue como un cordero enloquecido, al que hubiesen inyectado el virus de la rabia.

Resuena ante la casa el galope de una invasión de jinetes. Golpes en la puerta, que cede y se viene abajo. Al pie de la escalera está el músico empuñando el revólver. ¡Héroe absurdo y grandioso! Un hombre contra todo un cuerpo de ejército que ocupa el pueblo. Esta hazaña sólo puede intentarla un artista ensimismado que despierta, un soñador que vivió al margen de la realidad.

Levanta la mano y dispara. Cae un ulano... Después cae otro. El pelotón de invasores hace fuego y Magnard cae á su vez sobre los dos cadáveres, pudiendo ver, con los ojos vidriosos de la agonía, las primeras llamas que corren sobre los papeles, se remontan por las cortinas, lamen los pies de los muebles...

Los invasores, irritados, arrojan su cadáver en la gran hoguera que forma la casa.

El músico se consume, se volatiliza, lo mismo que los antiguos paladines quemados sobre su escudo, en una pira de guerreros despojos. El piano y las partituras se marchan con él, como trofeos de heroísmo.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ





FIGURAS DEL TEATRO REAL



RINA AGOZZINO, en "Mignon"



GENOVEVA VIX, en "Traviata"

No obstante las dificultades con que indudablemente ha debido luchar, dadas las circunstancias actuales, la empresa del Real ha organizado un *elenco* artístico de todo punto notable. Son nombres de prestigios bien consolidados como los de las sopranos Betty Schubert, Genoveva Vix y Juana Capella; de las mezzosopranos Agozzino y Giaconia, y de los renombrados cantantes Icilio Calleja, Vaccari, Segura Tallien y Montesanto. Si á esta garantía positiva de interpretaciones excelentes se une la que presta á la temporada wagneriana la autoridad y el saber del glorioso maestro Mancinelli, profundo conocedor del arte

excelso del genio de Bayreuth, y el innegable interés del repertorio anunciado, en donde un amable eclecticismo armoniza todos los gustos y todas las preferencias, presentando de añadidura el aliciente no pequeño de algunos estrenos de obras sancionadas ya por los primeros públicos de Europa, entre ellas la hermosa *Francesca de Rimini*, de Mancinelli, bien puede augurarse una buena estación lírica, digna de la historia y de la categoría artística del Teatro Real. Nuestra plana relativa al mismo da á conocer á nuestros lectores las interesantes fotografías de dos de las más bellas figuras femeninas de la compañía.

HAZAÑA GLORIOSA DE UN ARTILLERO INGLÉS



Oficiales del Ejército británico explicando a las tropas la heroica proeza del artillero Derbyshire en la batalla de Dixmude

Nada puede dar mejor idea de los destructores efectos de la artillería moderna, que el gráfico adjunto de una batalla reconstituida por el dibujante inglés M. Ugo, con arreglo al relato del único superviviente de uno de esos terribles duelos que entablan los cañones en las líneas de Flandes. El dramático episodio ocurrió durante la defensa del paso del Yser por la artillería inglesa. En él, un solo cañón respetado por las granadas alemanas, de los seis de una batería, quedó luchando contra doce piezas enemigas hasta apagar sus fuegos. Esta hazaña, que ha valido al heroico artillero superviviente la preciada recompensa de la Cruz Victoria, se desarrolló en la siguiente forma: Era un amanecer frío y brumoso. French había dispuesto que la batería designada con la letra L, sin tomar posición definitiva, hostigase las fuerzas de infantería enemiga, favorecida por la niebla. Los cañones ingleses rompieron el fuego a las cinco, y a poco de salir el sol, despejándose la bruma, quedaron desenmascarados ante los germanos, que inmediatamente contestaron con nutridas descargas y una lluvia de granadas. Tres cañones ingleses quedaron instantáneamente destruidos, y apenas habían transcurrido doce minutos, eran puestas otras dos piezas fuera de

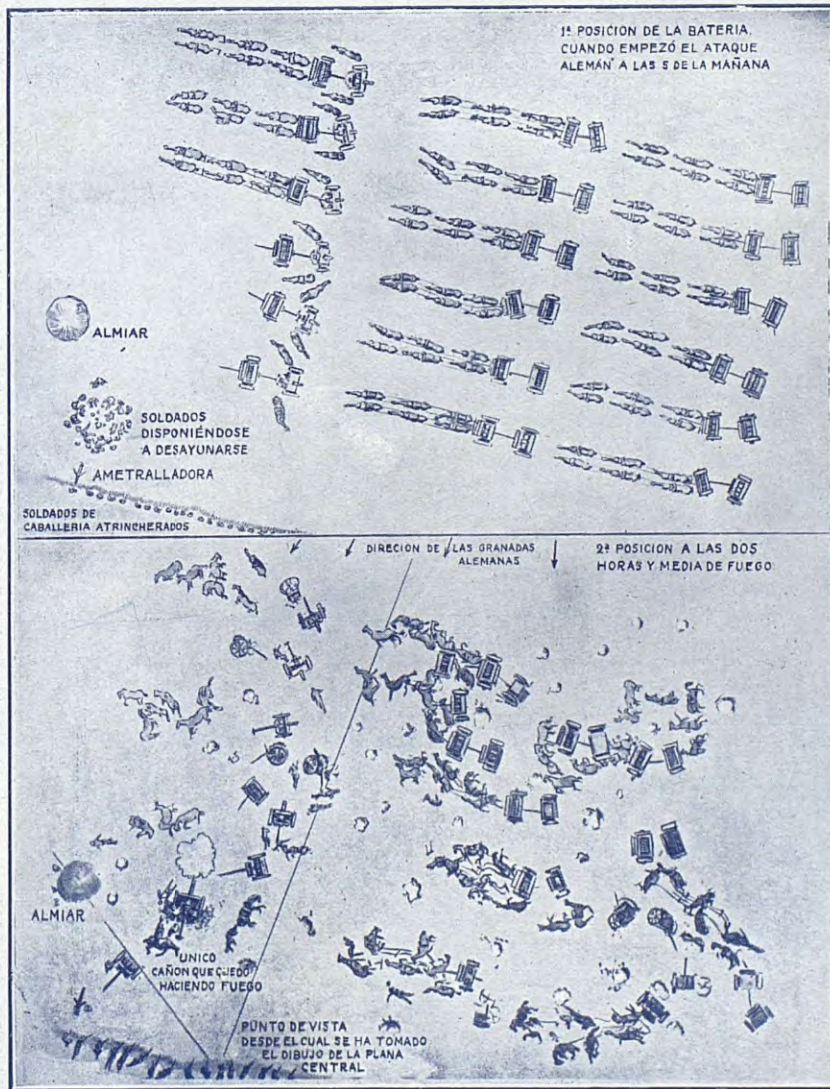
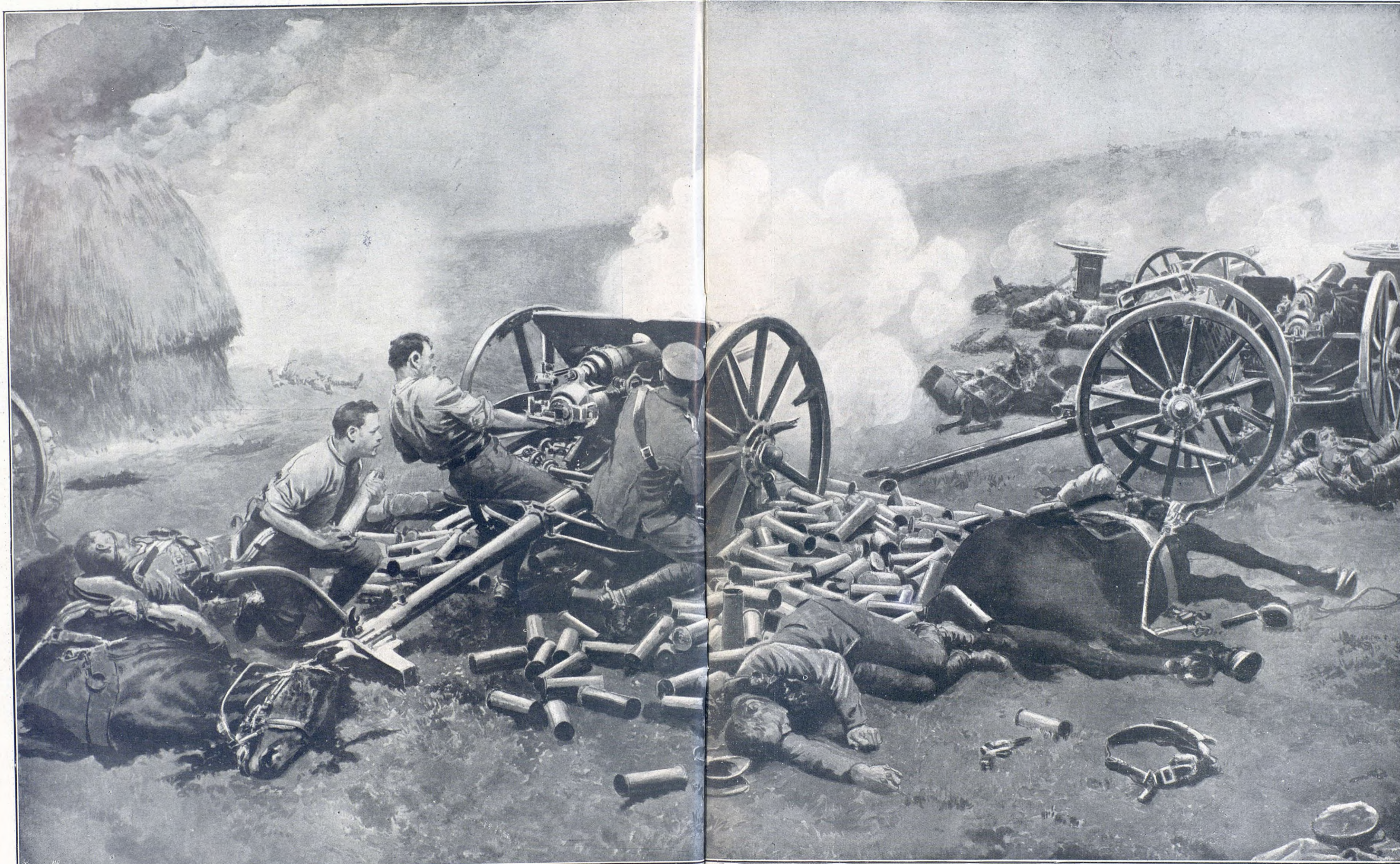


Gráfico de las posiciones ocupadas por la batería "L", inglesa, en la batalla de Dixmude, y en la que el artillero Derbyshire, con el único cañón no destruido por los alemanes, logró apagar los fuegos de dos baterías enemigas

combate, con todos sus sirvientes muertos ó heridos graves. El único cañón hábil, con cuatro artilleros, continuó batiendo a los teutones, que arreciaban en su fuego mortífero, hasta no dejar armón sano ni acémila con vida. Uno a uno cayeron los servidores del cañón irreductible. Sólo permaneció indemne el artillero Derbyshire, que, sin desmayar un punto ante el espantoso cuadro de destrucción y envuelto por la metralla, agotaba serenamente, metódicamente, el repuesto de proyectiles de su cañón y de la batería, hasta reducir al silencio a los alemanes. El glorioso hecho ha sido citado en su orden del día por el general French, otorgándose a su autor la más elevada recompensa á que puede aspirar un hombre de guerra inglés.

En el presente gráfico pueden apreciarse perfectamente las dos fases de este dramático episodio de la cruenta batalla de Dixmude, localidad que hubo de ser tomada y desalojada varias veces por alemanes y franceses. En la parte superior aparecen los cañones de la batería L en posición, haciendo fuego indirecto sobre las trincheras alemanas. En la inferior apréciase en todo su horror el aspecto de la batería á las dos horas y media de iniciarse el espantoso duelo de las artillerías adversarias.

UNA HAZAÑA GLORIOSA DE LA ARTILLERÍA INGLESA EN DIXMUDE



Durante los encarnizados combates en la línea del Yser, una batería inglesa, reducida a un solo cañón útil, por el violento fuego alemán, consiguió merced al heroísmo de sus sirvientes, uno de los cuales pudo sobrevivir al desastre total, destruir las dos baterías enemigas que hostilizaban (Véase nuestra página anterior)

Dibujo de Matania



CANCIÓN DE OTOÑO

(Sobre un pensamiento de Welhaven)

La voz del huracán de la otoñada
 por la selva se advierte.
 Vuela el viento cantando una balada
 triste como un presagio de la muerte.

¡Viejo titán, que con acentos broncos
 bramando finges ayes y congojas;
 que doblegas los álamos erguidos;
 que sacudes las ramas en sus troncos
 y cercenas las hojas
 y derribas los nidos!
 ¡Viejo titán, que á la montaña subes
 para arrojar desde la cumbre ingente
 las moles de granito despeñadas;
 que desgarras las nubes
 y concitas la furia del torrente
 sobre la augusta paz de las cañadas!
 Nadie á tu grito asolador contesta,
 nada se opone á tu bizarro empuje...
 Duermes, duermes en silencio la floresta
 cuando tu voz entre sus frondas rugie.

¡Canta, bravo huracán de la otoñada,
 por cumbres y por valles tu balada
 triste como un presagio de la muerte!
 En la selva encantada,

el Genio de los Bosques se divierte
 con los clamores de tu voz cascada;
 el Genio que, en sus ruecas,
 hilando sigue el hilo de la vida,
 para tejer un manto
 bajo el sombrazo de las hojas secas
 en tanto allá perdida
 resuena la amenaza de tu canto...

La vida providente
 como una abeja en su panal labora
 y el viejo tronco por sus venas siente
 subir la savia de la nueva flora.
 El álamo orgulloso, cuya frente
 á las nubes alcanza,
 mientras que tú la ruina le predices,
 abre su corazón á la esperanza
 de otros tiempos felices.
 Y, antes que llegue tu guadaña artera,
 ya ha nacido un botón: lozano y verde,
 que como una esmeralda reverbera,
 cuando el amparo de las hojas pierde.

El alma de la selva está dormida.
 Con el arrullo de tu voz reposa
 como en sueño de amores complacida.
 Y una feliz mañana,

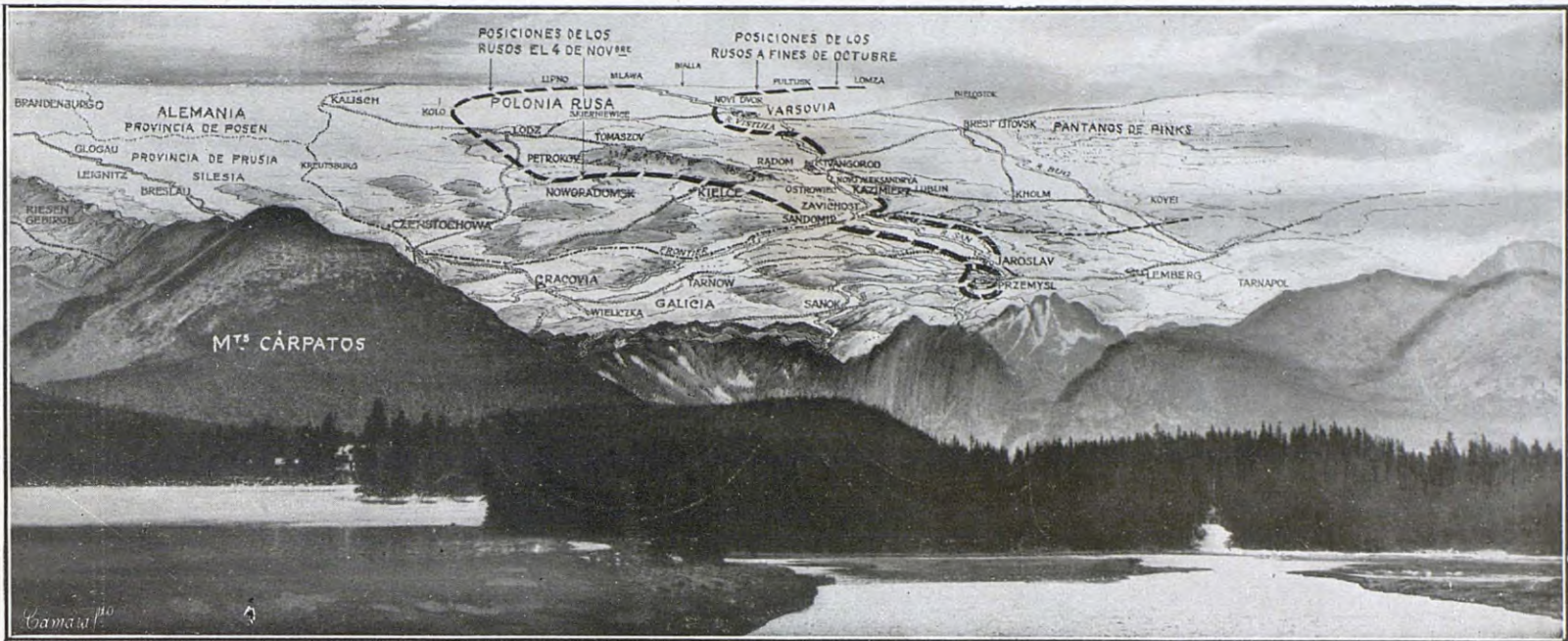
una mañana alegre y luminosa,
 despertará magnífica y galana
 á recibir al sol de primavera,
 como una buena Esposa
 que las caricias del Amado espera.
 Han de brotar las hojas y las flores
 sobre las ramas de los troncos viejos;
 se ha de sentir la voz de los pastores,
 cuyo retorno á los vecinos hatos
 anuncian sus cantares á lo lejos;
 han de bajar alegres los regatos,
 por las hondas cañadas,
 desde las cimas de las altas sierras,
 y volverán las aves en bandadas
 con nuevos cantos de lejanas tierras.

¡Viejo titán, que con acentos broncos
 bramando finges ayes y congojas;
 que sacudes las ramas en sus troncos
 y cercenas las hojas:
 Llegue en buenhora tu canción bravía,
 que, cuando esgrimes tu guadaña artera,
 la selva es un concierto de alegría,
 porque sin tí no habría primavera!

FEDERICO ROMERO

DIBUJO DE ECHEA

EL RODILLO MOSCOVITA



El teatro de operaciones en Galitzia y la Polonia rusa, en donde se ha verificado el avance ruso, detenido por las fuerzas austro-alemanas

Los ejércitos rusos, un día victoriosos en la pantanosa zona de la Prusia oriental, hubieron de sufrir un duro revés, que castigó su audaz osadía; las huestes germanas que acaudilla el veterano general Hindenburg en un supremo esfuerzo libraron su territorio del yugo moscovita.

De nuevo el impulso ruso logró victorias y avances y de nuevo la acción teutona contuvo el avasallador progreso de los soldados del Zar.

La línea de invasión Varsovia-Kalish-Posen-Berlín, es la más corta; pero sus flancos la guardan y precisan los moscovitas dominar la Prusia oriental hasta el Vístula y ser dueños de Cracovia.

Esta plaza y la de Przemysl, son los objetivos rusos actuales.

Cuentan ambas con modernas fortificaciones, campos de tiro despejados, obstáculos serios para el invasor y segundas líneas fuertes y resistentes. La artillería es eficaz y tiene á su servicio poderosos medios auxiliares; dentro de los recintos los aprovisionamientos son abundantes y las disposiciones sanitarias excelentes.

Un mes duró el primer asedio de Przemysl y no obstante el esfuerzo denodado de los moscovitas, la plaza no se rindió.

De nuevo los moscovitas asedian el importante baluarte austriaco, para después avanzar sobre los Cárpatos, vasta cordillera de 1.632 kilómetros de longitud, que en su parte central, ó meseta



Cosaco ruso

DIBUJO DE DHOY

M. ARCIAL

Cárpatos húngara, que separa á Galitzia de Hungría, sólo tiene 58 kilómetros de extensión y de 15 á 25 de anchura. Es abrupta y árida; enorme masa granítica de 2.265 metros de elevación es el alto Tatra. En esta parte de la cordillera son muy numerosos los lagos, que se conocen con el nombre de *meeraugen* (ojos de mar). Existen más de 100. En el territorio de Tatra hay los siguientes ferrocarriles: una vía de cremallera al lago Czorba, un ferrocarril de vía estrecha de Poprad-Yelka á Schmetz, otro de Nagy-Lomnicz á Tatra-Lomnicz; de la línea Poprad-Felka un ramal á Barlangli; un ferrocarril de cremallera de Schmetz al Tarajka (sobre Tarpatok) y un ferrocarril eléctrico transversal del lago de Czorba á Tatra-Lomnicz.

Audaces *raids* de huestes cosacas cruzaron la vasta cordillera que da acceso á Hungría; pero el grueso de las fuerzas moscovitas no podrá salvar la gigantesca mole de granito, poblada de bosques y sembrada de lagos mientras Cracovia y Przemysl resistan el asedio y mientras el ejército austro-germano no quede definitivamente quebrantado.

Turquía, con su invasión por el Cáucaso, puede atraer sobre sí contingentes tales, que descongestione á sus aliados austro-germanos de la enorme superioridad numérica de los moscovitas en la vasta zona oriental de operaciones.



LORD CROMER
La férrea voluntad que con-
tuvo las aspiraciones nacio-
nalistas de los egipcios



NUBAR BAJA
El instrumento de la domina-
ción inglesa en Egipto



TEWFIK BAJA
Virrey de Egipto, prisionero de
los turcos



LORD LANSDOWNE
Ilustre político organizador
del protectorado inglés en
Egipto

EL PROTECTORADO INGLÉS EN EGIPTO

EN verdad, al sagaz observador que llega á Egipto, no le pasa inadvertida la anarquía latente en aquel país, y si no fuera por la mano de hierro que lleva las riendas del Estado y logra completo dominio de la fiera natural de los habitantes de aquella cálida tierra, acabaría por arrasarla. Mano de hierro fué la de Lord Cromer, el fundador y encauzador de la Administración inglesa en el país de los Faraones.

Su nombre, unido al de Cecil Rhodes, ocupará en la Historia de Inglaterra el más preeminente lugar entre los grandes colonizadores que en esa libre tierra han nacido.

¿Cómo se inició el protectorado inglés en Egipto? La respuesta es clara. Así como los particulares fallos de recursos apelan á los prestamistas y ya con hipotecas ó gravámenes de otro género comprometen sus haciendas y acaban por perderlas en caso de no hacer efectivos sus compromisos, así ocurrió que la libre Albión y la democrática Francia, viendo la situación precaria del Jedive Ismail Bajá, que llevó á su país al borde de la bancarrota, no vacilaron en abrir sus bien repletas arcas y facilitarle grandes cantidades en forma de empréstitos, que eran garantidos por restricciones sobre la inmensa propiedad del Jedive y otros bienes del país. Sucedió esto hacia el año 1875.

Mas la continua dilapidación y la prodigalidad del Virrey alarmaron á los acreedores de Egipto y á su propuesta aceptó Ismail Bajá la formación de la *Caisse de la Dette*, entidad que tenía el objeto de administrar la hacienda del país. Incidentes varios sucedieron á estos hechos y por causas varias, largas de relatar en un artículo breve, llegóse á formar una influencia anglo-francesa, decisiva en los destinos del país, debido á que los recursos que se necesitaban para el desarrollo y prosperidad de Egipto, los facilitaban dichas naciones; recursos

que tuvieron feliz aplicación en el desenvolvimiento de las enormes obras de irrigación que se acometieron y en la célebre apertura del Canal de Suez, obra magna debida á la concepción del ingeniero francés Fernando de Lesseps.

En este estado de cosas, llegóse á formar en 1878 un Gobierno constitucional, bajo la presidencia del eminente armenio Nubar Bajá y en el cual ocupaban las carteras de Hacienda y de Obras Públicas el inglés Rivers Wilson y el galo De Balignieres.

Fué grande la satisfacción del Jedive á raíz de la constitución de este Gabinete y pomposamente solía manifestar que Egipto ya no era parte de Africa, sino que era una prolongación de Europa. Corto, por cierto, fué su regocijo al ver que dichos ministros extranjeros intervenían y reducían los gastos, imponían nuevos tributos y hacían que la forma constitucional de gobierno le privaran de sus antiguas libertades de monarca autócrata. Astuto y ladino como buen árabe, promovió secretamente una rebelión militar en el Cairo, que derribó el Ministerio y facilitó á Ismail la tarea de volver á sus métodos de gobierno de absolutismo. Pronto vieron el juego los anglo-franceses y su hábil diplomacia forjó un

plan en consonancia con la astucia desplegada por el Jedive. Su base de operaciones se trasladó á Constantinopla y por concesiones de índole diversa logró del Sultán de Turquía Abdul Hamid, jefe supremo del Imperio islámico, un decreto en el cual se destituía del Virreinato de Egipto á Ismail y nombrando á su hijo Tuofik Baja para sucederle. Cogido de sorpresa, Ismail no ofreció resistencia y ante ofertas monetarias aceptó de buen grado la proclamación de su hijo como Jedive.

Tras breve periodo de inacción, se restableció el *Dual Control* y volvieron á ocupar los ministerios de Obras Públicas y de Hacienda De Balignieres y el Mayor Baring (más tarde Lord Cromer). En el periodo de dos años gobernó Egipto é inició la obra de progreso que más tarde había de continuar sola Inglaterra. La empresa era ardua. Había de intervenir en la administración del país, separando de ella al elemento parásito, formado en su mayoría por las clases elevadas, que tanto tiempo habían gozado del poder y privilegios que el antiguo régimen les brindaba.

Esta clase, en lo que concernía al elemento civil, no era muy de temer, pues su oposición se reducía y no pasaba de la intriga y la maledicencia, pero en ella había algún elemento militar, que poseído de valor y consciente de su fuerza con motivo de haber sido utilizado por Ismail en la caída del primer ministerio, presentó seria resistencia y se dispuso á levantar el espíritu nacionalista en el ejército. Jefe de ellos era Ahmed Arabi, que predecesor de Enver Bajá, que poseído de espíritu decidido y resolutivo, logró allegar á su causa gran número de oficiales y alzóse en franca rebelión contra el poder opresor extranjero. El Gobierno, demasiado débil para suprimir la agitación y el desorden, tuvo que ceder y hacer concesiones. Ahmed Arabi fué elevado en gra-



Tumba de los Califas

duación; más tarde se le llamó Arabi Bajá y se le hizo Ministro de la Guerra. Mas no con esto se amainó el temporal. Temores de sublevaciones y matanzas de cristianos llevaron á Alejandría las escuadras francesa é inglesa, cuya presencia en aquella ciudad produjo gran indignación en el elemento árabe y motivó el asesinato de los conspicuos del elemento europeo.

Consecuencia de ello fué el bombardeo de Alejandría por el almirante inglés y su posterior ocupación por un destacamento de marinos británicos.

No se amedrentaron los egipcios por este hecho y se prepararon á resistir por las armas la ocupación de su país por fuerzas extranjeras. Ante la gravedad de la situación, se celebró en Constantinopla una conferencia de Embajadores y se acordó pedir al Sultán reprimiera la rebelión y restableciera el orden. Así lo ofreció el Jefe del Islám, mas vaciló en el momento de llevar á efecto el castigo por las armas y emplear sus tropas contra los musulmanes, sus hermanos en religión, que alegaban que sólo repelían la agresión cristiana.

Ante esta contingencia, decidióse el Gobierno inglés á emplear la fuerza armada é invitó á Francia á cooperar en la expedición guerrera. El Gobierno francés declinó la oferta y análoga invitación hecha á Italia encontró idéntica respues-

ta. Justamente lo que deseaba Inglaterra era que Francia é Italia se desentendieran del «*affaire égyptienne*».

El éxito coronó, y cómo no, á las tropas británicas y la batalla de Tel-el-Kebir, el 13 de Septiembre de 1882, destruyó por completo las legi-

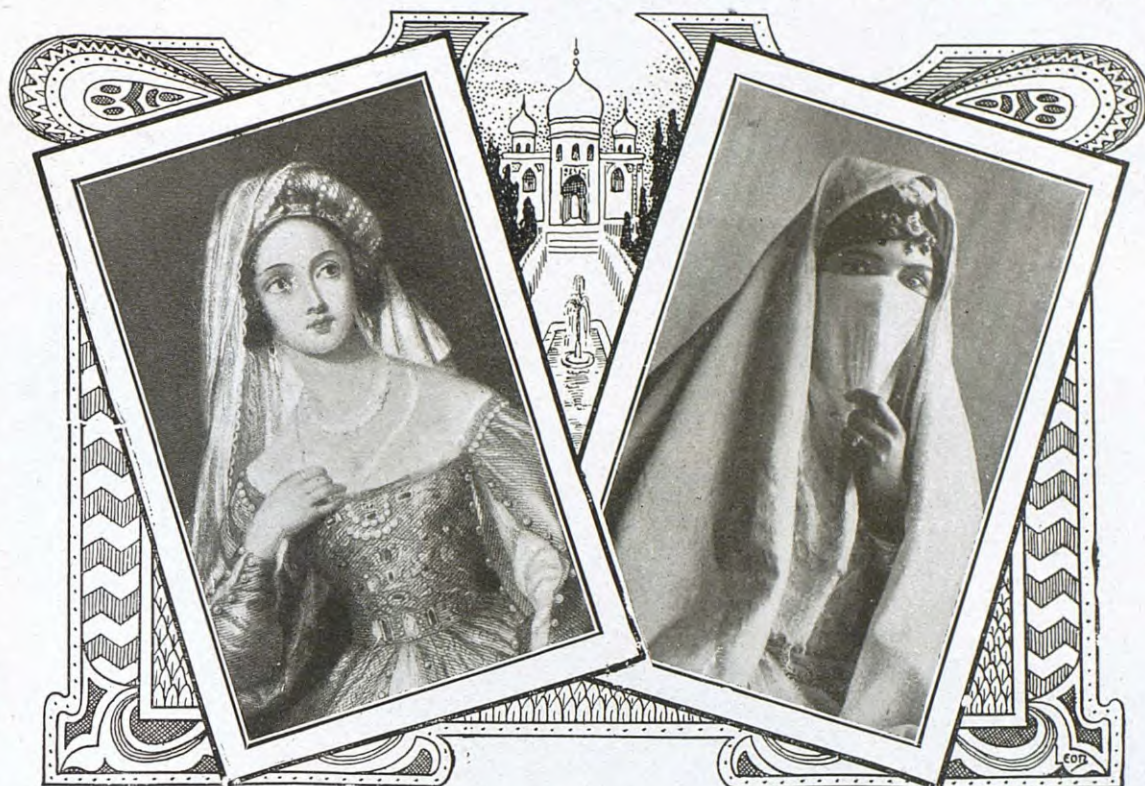
á Sir Evelyn Baring, más tarde Lord Cromer, llevar á la práctica la realización de esas máximas.

¿Qué métodos siguió Lord Cromer para implantar la influencia inglesa en aquella tierra? Su proceder queda descrito en la narración de vieja historieta corrientemente referida en el Cairo. Dícese que nombró cierta vez á un joven é inexperto turco como gobernador ó *mudir* de un distrito, turbulento, en el Alto Nilo. «¿Pero cómo voy á gobernar á esa gente tan fiera?», le preguntó el recién nombrado. «Escucha,— le contestó Lord Cromer—. Compra el mayor y más pesado *Kurbash* (látigo) que encuentres, exhibelo en el centro del Mercado y en la Mezquita, tenlo siempre á tu fácil alcance y verás cómo pocas veces has de tener necesidad de usarlo.»

Para Lord Cromer el ejército inglés de ocupación y tan sabio fué su gobierno, tan hábil su administración, que contadas veces apeló á la fuerza para dominar algún disturbio. Su proceder huma-

nitario con los indígenas le granjeó entre los nativos del país el nombre de *Padre del árabe*.

Inglaterra, feliz tierra que crías hijos como Lord Cromer y Cecil Rhodes. Tierra noble que extiende los beneficios de la civilización, que encauzas por las vías del progreso á países inermes y desiertos.—JUAN CASAS



Tipos de mujeres egipcias

timas aspiraciones nacionalistas de los egipcios. Arabi Bajá fué condenado á muerte y posteriormente le fué conmutada la pena por la de destierro á propuesta de Lord Dufferin, Embajador inglés en Constantinopla y nombrado alto Comisario en Egipto. Este preclaro aristócrata sentó las bases del protectorado inglés y cúpole en suerte



Panorama del Cairo

Cuentos Españoles



UN HEROE

El director y empresario estaba aquella tarde de pésimo humor: los ensayos de la obra nueva caminaban á paso de tortuga, la primera actriz cada día olvidaba una nueva parte de su papel, el actor cómico le había pedido un aumento de sueldo de diez pesetas, y el pintor escenógrafo, á quien se había encargado para el segundo acto un *hall* de un gran hotel, había enviado una especie de pajarera de cristales, absolutamente inservible á juicio del autor de la obra.

—Hay que tener presente que mi comedia no pasa en una fábrica de vidrio—. Había dicho el autor.

Pero la bomba final acababa de estallar hacía diez minutos: por la puerta de aquel mismo despacho, acababa de salir Julián Marsales, el primer actor de la compañía, después de pronunciar, como sentencia inapelable, estas palabras:

—Pues yo, como no sé vivir entre animales, me marcho ahora mismo de esta casa para no volver en la vida. En la función de esta noche que haga mi papel el Nuncio.

Y todo porque el empresario, so pretexto de que faltaba poco tiempo para terminar la temporada, se había negado á instalarle un baño eléctrico en el cuarto de vestirse.

Sumido en el más negro pesimismo, y disponiéndose á leer una obra en cuatro actos que le había llevado tres años antes un autor novel, estaba el director y empresario, cuando el ordenanza de contaduría le anunció una visita.

—¿Cómo se llama?

—No lo ha dicho; dice que por el nombre tal vez no le conozca usted.

—Y ¿ha venido alguna otra vez por aquí?

—Me parece que sí.

—¿Cuándo?

—Hace un mes, cuando trajeron los muebles aquellos de casa de Moragas. El trajo á pulso uno de los sillones Luis XV.

El empresario se quedó unos momentos meditando. Un sablista, sin duda... O acaso algo peor.

—¿Trae algún paquete debajo del brazo?

—No, señor. Me he fijado muy bien.

Respiró. Ya que no pudiera dejar de recibir las obras inéditas que el correo le traía á diario, como una lluvia, de todos los rincones de España, tenía tomadas sus precauciones para que no le colocasen las traídas á mano por sus autores, que suelen ser las más peligrosas. El ordenanza, fiel á una consigna, en cuanto veía á un sujeto con un paquete debajo del brazo ó asomando por los bolsillos, contestaba invariable:

—El empresario se ha marchado á tomar baños á Alemania y acaso no vuelva nunca.

Pasó el visitante: era un hombre de unos cincuenta años, vestido modestamente, con vistas al andrajo, y con el rostro curtido por los estucos de mil noches de comediante. El empresario lo recibió con ese aire de frialdad agresiva con que recibimos siempre las visitas de los desconocidos que no vienen á traernos dinero ni cosa que lo valga.

—¿Usted no me conocerá á mí?

—Hasta ahora no tengo ese honor.

—Soy Mónico Tomares... ¿No le dice á usted nada mi nombre?

Pausa meditativa del empresario, mirando al techo.

—No, señor, no me dice nada.

—Bueno, no lo extraño; ni vaya usted á creer que me ofendo por ello. Estoy, además, acostumbrado. ¡Me ha pasado eso en tantas partes!

—Yo es que... tengo una memoria infernal para los nombres.

Gesto melancólico del visitante.

—¡Sí! ¡Sobre todo para los nombres... que no ha oído usted pronunciar en su vida!... Bueno: permítame usted que vaya al grano. Usted tendrá su tiempo para otras cosas, yo también necesito el mío... Yo, caballero, vengo aquí con una pretensión, que acaso le parezca absurda á primera vista...

—Diga usted...

—Para aminorar en lo posible mi relato, me permitiré contarle, á grandes rasgos, mi historia; con ella á la vista comprenderá usted que mi osadía no es tan grande como parece.

Mientras hablaba se despojó de la americana, que colocó cuidadosamente sobre una papelería; se remangó hasta más arriba del codo la manga derecha de la camisa, y enseñó un brazo descarnado que no había visto el agua en un par de meses. El empresario le miraba ahora con cierta compasión: ni sablista, ni autor novel; se trataba de otra clase de chiflado: era un loco.

En la parte alta del antebrazo había un agujero de no mucho diámetro; el hombre lo señaló con el dedo.

—¿Vé usted ésto? Pues es un balazo; me atravesó el músculo de parte á parte y me tuvo cuarenta días con el brazo en cabestrillo.

Se abrió el chaleco, desabrochó rápido la camisa y enseñó el pecho, en cuyo lado izquierdo había un costurón de seis centímetros.

—Herida de arma blanca; la hemorragia me duró dos horas, y creyeron que me moría. Medio año después, todavía me resentía del golpe al toser...

Se vistió en dos segundos, y cogiéndose con

ambas manos uno de los mechones de pelo que le caían sobre la frente, lo abrió hasta la mitad del cráneo, dejando al descubierto el frontal surcado por una profunda cicatriz, que parecía una zanja del alcantarillado.

—Un machetazo; de resultas de él á poco pierdo el ojo derecho y uno de los cigomáticos.

—¿Cómo?

—Cigomáticos. ¿No sabe usted?...

—Sí, sí...

—Y, ahora, vea usted aquí—señalaba un orificio en la parte alta del cuello;—un disparo de browning. Después de curado, aún estuve un año sin poder comer bien. ¡Gracias á que entonces yo no comía á diario!

El empresario comenzó á impacientarse un poco.

—Bueno, bueno. ¿Queda algo más?...

—Sí, señor; aquí en el muslo derecho...—y echó mano á la cintura para despojarse de los pantalones.

—¡Basta, basta! No se moleste usted; me lo figuro... ¡Cinco heridas! Pero á cambio de ellas tendrá usted alguna cruz, alguna pensión...

—Nada de eso, caballero. Unos dolores por todo el cuerpo cuando el tiempo amenaza lluvia, es todo el recuerdo que me ha quedado del noble derramamiento de sangre.

—Y ¿dónde fué ello? ¿En Melilla el año nueve?

—¡Cá, no, señor!

—¡Ah, ya comprendo! Por lo del machetazo... en Cuba indudablemente, ó acaso en Filipinas...

—Nada de eso: no he pasado nunca de Almería.

—Entonces, en la guerra del Norte. Aunque en aquellos años no existían aún las pistolas browning.

—No se canse usted. Todas estas heridas que acaba de contemplar, las he recibido en el ejercicio de mi profesión, ¡en la escena!

—¿Qué dice usted?

—Lo que acaba de oír: soy actor desde que tenía diez y ocho años. He trabajado con los Calvo, con Luján, con don Antonio Vico, con Valero, con Mata y con...—Al llegar aquí el hombre miró á todos lados, bajó mucho la voz, y pronunció un nombre.

—¿Hace mucho tiempo?

—Veintiocho años; aunque él dice ahora que no tiene más que treinta y dos. ¡No haga usted caso! Ya sé que hace papeles de galán joven... Pues, tiene sesenta y cuatro años. Dígalo usted muy alto.

—¿Yo, para qué?

—Pues, sí, señor. ¿Usted no recuerda, hace unos años, en Pamplona, un actor que hirió á otro, en el pecho, haciendo *El Tenorio*?

—Sí, señor.

—Bueno, pues el herido fuí yo. Hacía el don Luis Mejía, don Juan se entusiasmó demasiado, y ¡zás!, me mechó, como á un solomillo... ¿Y en Barcelona, aquella famosa representación del *Don Alvaro*, en que el Marqués de Calatrava resultó herido en un brazo al tirar don Alvaro la pistola sobre la mesa?... El Marqués de Calatrava fuí yo. El segundo apunte había comprado la pistola, aquella tarde, en una casa de empeño, y, al vendérsela, habían olvidado decirle que estaba cargada.

—¿Qué imprudencia!

—Y, aun no hace cuatro años, en Mérida, aquel barba que salió con la cabeza partida en una representación de *Electra*...

—¿Era usted?

—No, señor; fué el otro, el que la noche antes me había hecho á mí este chirlo en la frente, representando *La cabaña de Ton*. Juré vengarme, y, con un martillo del jefe de los carpinteros, le dividí por dos el cráneo y me marché de la compañía.

El actor se puso patético.

—Y ahora, después de conocer mi historia, dígame si no tengo en ella títulos suficientes para pretender lo que pretendo. Otros ganan sus ascensos en la carrera á fuerza de aplausos, á fuerza de éxitos clamorosos, cosas todas muy agradables; yo los he ganado á costa de mi sangre, que vale mucho más que todo eso. Ya ve usted que no puedo ser tachado de pretencioso, si aspiro á ocupar en este teatro la vacante que acaba de dejar Marsales.

—¡Cómo! ¿pero ya sabe usted?... ¡Si no hace un cuarto de hora que se ha marchado!... Es asombroso cómo corren las noticias en Madrid... Pero Marsales volverá: yo no puedo creer que se haya despedido en serio.

—Pues ya ve usted cómo las noticias en Madrid no corren tanto como usted se figura. Usted, por lo visto, ignora lo que sabe todo el mundo: que Marsales firmó, hace quince días, un contrato para América, y embarca dentro de ocho.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Y usted lo estará en cuanto lea los periódicos de mañana.

—¡Canalla!

ooo

Antes de las veinticuatro horas de haber pasado la escena anterior, aquel pobre hombre, que en sus días de parada forzosa se dedicaba á portear muebles á los teatros, para sacarse un jornal de dos pesetas, estaba contratado para ocupar el puesto de Marsales.

Al empresario, en el paroxismo del despecho, se le ocurrió que lo mejor para humillar y molestar al fugitivo, era sustituirlo con aquel infeliz, que tenía de artista lo que Guzmán el Bueno de sensiblero. Pero, además..., la obra que se estaba ensayando, para estrenarla cuanto antes, era una de esas del género gordo en la que el autor, con una audacia extrahumana, se jugaba el todo por todo. El mismo lo dijo, el día

hombre excepcional, que además de actor, fuese persona capaz de afrontar, durante cuatro actos—en los cuales apenas estaba diez minutos fuera de escena—las posibles indignaciones del público. Un héroe, en fin, que también los hay en el oficio de representar comedias y ese héroe no podía ser Marsales: como que ya se murmuraba que, aparte lo del viaje á América, el motivo principal de la marcha del precitado actor, había sido el de librarse de estrenar la obra.

Y el empresario, con una intención que no era en él muy frecuente, había comprendido que el único hombre capaz de afrontar la situación era aquel infeliz con el cuerpo acribillado, verdadero héroe de su arte, que, sin haber estado nunca en la guerra, ni siquiera en un mitin político, había visto cara á cara la muerte cinco veces. Sólo él—mientras el autor, oculto en un café extramuros, ó tal vez ausente de Madrid, por si acaso, salvaba la pelleja en caso adverso—era capaz de dar el rostro á las iras multitudinarias en una noche que, por bien ó por mal, había de ser memorable.

Y llegó la noche. El autor, no sólo no había puesto en el cartel su nombre, sino que había encargado mucho á los del teatro que no lo pregonasen con anterioridad al estreno. Y aunque el absoluto secreto era imposible, consiguió que el público congregado en la sala ignorase, en su inmensa mayoría, quién era el presunto delincuente. Lo que hizo fué no huir del teatro: allí, junto al forllo de la derecha, presencié todo lo ocurrido que fué... ¡una amplitud de diluvio universal!

Entre los dos términos del dilema que el autor planteaba el día de la lectura, «ó nos matan ó la 500 representación», el público, en uso de su perfecto derecho, optó por el primero y... ¿para qué describir lo que allí pasó en la noche famosa? Ya lo ha descrito Dante en su *Divina comedia*, y Bulwer Litton en *Los últimos días de Pompeya*. Trásladen ustedes la acción de tiempo y de lugar y tendrán una fotografía disminuida del hecho de autos.

Cuando calló el telón sobre el último acto, ¡aquel acto que había sido algo así como una lucha grecorromana entre los actores y el público!, éste, enardecido, pidió que se alzase el telón, y encarándose con el primer actor—el de las cinco gloriosas cicatrices—, le exigió imperiosamente, como Cannio exige á Nedda el nombre de su amante, al final del primer acto de *Payasos*, el nombre del autor *de aquéll*, ¡del asesino! ¡del criminal! ¡del homicida!

Así gritaba el público, y en vano el actor apelaba á subterfugios para calmarlo:

—Señores, el autor no se encuentra en el local..., creo que tampoco se encuentra en Madrid...

—No importa. Si no queremos verle. Queremos nada más saber cómo se llama.

Tuvo un momento de debilidad, fué á decirlo, pero el autor, que no había abandonado su puesto, junto al forllo de la derecha, le gritó con acento trágico:

—¡Por Dios, no lo diga! ¡¡Por la salud de mis hijos!! ¡¡Por la gloria de su madre de usted!!

Pero el cómico tuvo un gesto de iluminado, hizo brillar sus ojos con el fulgor que encendía la mirada de los mártires en el circo de Roma, y, desentendiéndose del autor, le dijo por lo bajo:

—¡Déjeme usted á mí!

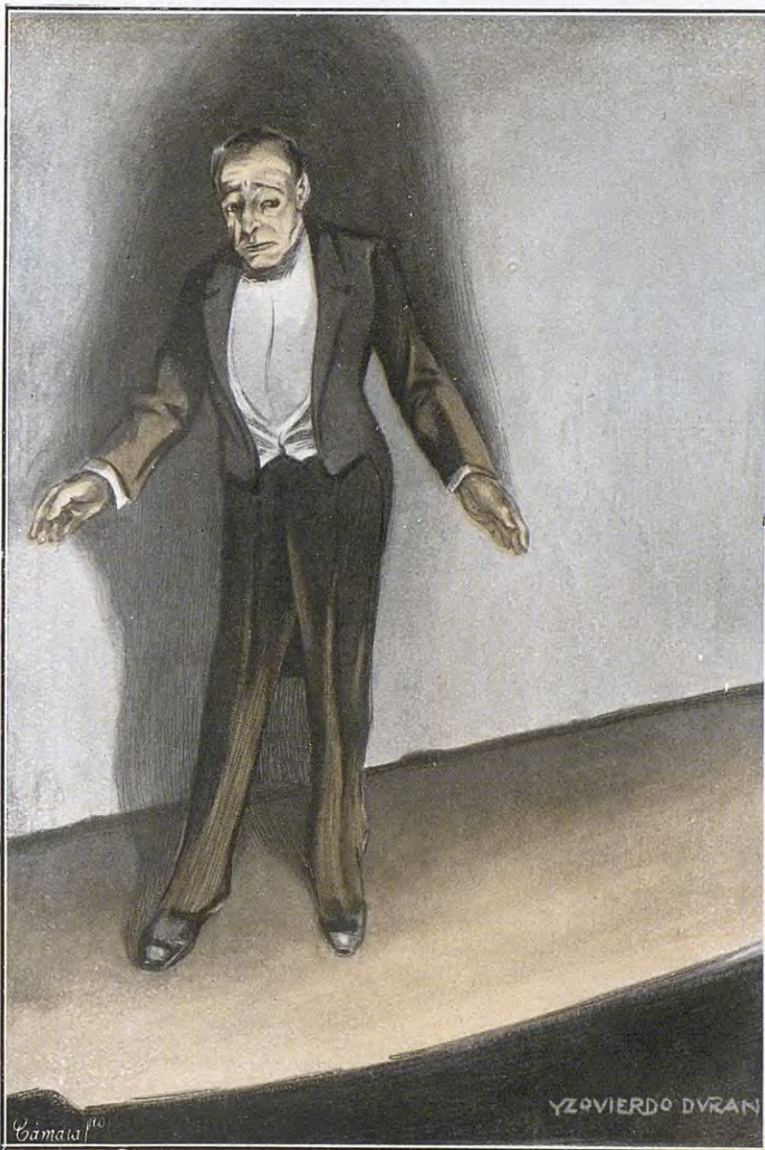
Avanzó á las candilejas, impuso silencio, y sacando mucho el pecho, pronunció estas palabras:

—Respetable público: el autor de la obra que acabamos de tener la desgracia de representar... ¡¡soy yo!!

Aquel héroe murió un mes después en la cama de un hospital. Con las emociones de la noche célebre se le habían abierto las cinco heridas, y la vida se le había escapado por ellas, toda entera, como un río que se desborda.

JOAQUÍN BELDA

DIBUJOS DE IZQUIERDO DURÁN



de la lectura, á la compañía, y se encargó de repetirlo, á todo el mundo, en los días sucesivos:

—Con esta obra, ó nos matan á todos la noche del estreno, ó llegamos á las quinientas representaciones.

Y no mentía: la comedia no tenía término medio. En la general cobardía de los dramas y comedias al uso—cobardía que poco á poco iba echando á la gente de los teatros—aquella obra representaba el galvanizador, la medicina heroica que mata al enfermo ó que lo salva de un modo definitivo.

Sólo que para representar el papelazo de primer actor que había en la obra hacía falta un



Monumento á Bécquer, erigido en el parque de María Luisa, de Sevilla

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

FINALIZABA el mes de Diciembre de 1870. Gustavo Adolfo Bécquer, de regreso de una gestión relacionada con *La Ilustración de Madrid*, que dirigía, ocupó la imperial de un ómnibus para trasladarse á su domicilio, situado en la calle de Claudio Coello, número 7. Caía la tarde, una tarde fría, de ventisca y hielo. El poeta sentíase ya enfermo. Hablaba con un amigo, redactor más tarde de *La Correspondencia de España*, relatándole la muerte de Valeriano, su hermano inolvidable y predilecto, acaecida hacía tres meses.

Un siniestro destino parecía gravitar sobre la familia de los Bécquer ó Biequer, venida de Flandes á Sevilla á fines del siglo xvi. Todos los individuos á ella pertenecientes morían jóvenes; apenas cumplidos los treinta años, esa funesta edad de desengaños, á lo Espronceda.

Refiriéndose á la suerte que les hacía caer tan jóvenes, en mitad de la jornada, expresábase el poeta con un amargo y hondo pesimismo. Y no levantaba su espíritu por encima de la tristeza, ni la visión de sus hijos, ni la ilusión de su hogar.

Llegado á su domicilio, descendió Bécquer del coche. Y entrado á su casa metióse en cama. A los pocos días falleció, desconocido, ignorado, dejando tras de sí la leve huella de un jornalero de la pluma, de la que vivió pendiente, mientras duró su existencia.

No gozó en ésta de aquella popularidad que otros alcanzaron. Sus artículos pasaron inadvertidos para el público, que si vió sus versos en *El Museo Universal*, *La Ilustración Española y Americana* ó *El Contemporáneo*, fué con la mirada indiferente, propia del que á nada interesaban aquellas dolorosas y humildes composiciones, que para ser más sencillas, publicáronse sin título, en su mayoría.

Verificado el entierro del poeta infeliz y soñador, reuniéronse un día en casa del pintor Casado del Alisal, situada en la plaza del Progreso, número 9, varios amigos y admiradores de Bécquer, para tomar acuerdo sobre lo que había de hacerse con el tesoro que aquél dejaba esparcido en publicaciones de diversa índole.

Estando en la conferencia, llegó don Manuel Silvela, á la sazón ministro de



Bécquer en su lecho mortuario DIBUJO DE CASADO

Estado, que se puso á la disposición de los reunidos, los cuales decidieron que se editaran las obras del poeta, conviniendo en abrir una suscripción, á la que cada uno de los allí presentes había de contribuir con la suma de tres mil reales, dejando lo que sobrara después de hecha la edición, á favor de la viuda y de los huérfanos.

Este fué el origen á que se debe que la obra de Gustavo Adolfo no quedara sepultada en colecciones intonsas de periódicos, amarillentos y olvidados, en heladas bibliotecas llenas de doctos ratones.

A partir de la publicación de las obras de Bécquer, fué adquiriendo el nombre de este escritor una envidiable y merecida popularidad. Fué una sorpresa hasta para sus enemigos, la revelación de aquel genio comprendido tardíamente.

Florentino Sanz, el poeta de las eternas imperpinancias y las perdurables altiveces, encargóse de imponer las Rimas en los Círculos aristocráticos que frecuentaba. Constantemente se le oía en el Casino, declamar ante un grupo de endiosados, ventrudos y poderosos, las fiernas y sentimentales poesías del cisne sevillano, del que sólo recordaban los políticos el hecho de que fué protegido de González Bravo, á cuyas distracciones se debía que no se hubieran publicado antes los escritos del poeta.

Algo más se sabía en aquellas reuniones de gente mundana. Y era la historia íntima y doliente de un amor absurdo, página inédita de la novela de una vida mal aventurada. Allí se comentaba la pasión tenaz, sentida por un pobre escritor desventurado, enfermo y loco, hacia la mujer más hermosa de su tiempo. El escritor era Bécquer; la mujer, la esposa de un ex ministro, fallecida no hace muchos años, en el otoño de su belleza prodigiosa y sobrenatural. Para aquellas murmuraciones tenía Florentino Sanz un gesto arrogante y despectivo. Sagrado fuero del poeta era el amor de las más nobles y apetecibles damas. Y si no, que se lo dijese á él, favorito de las más bellas mujeres de su época...

Pero Florentino Sanz exageraba en aquello con su natural petulancia. El ridículo existía. Y la primera en reconocerlo y comentarlo con ironía, era la protagonista de aquel poema insensato, urdido por la calenturienta imaginación de un poeta miserable y triste.

Ella refirió á una de sus íntimas amigas, años después de la muerte de Gustavo Adolfo Bécquer, el secreto del amor que le tuvo éste. Todo se redujo á una conversación sin transcendencia, sostenida en una velada familiar con el poeta. Desde entonces no volvió á hablar con él á quien veía en todas partes devorándola con sus negros ojos, perdidos siempre en la visión remota y misteriosa de lo imposible. Envuelta en aquella ola de amor, sentíase constantemente seguida á todas horas por el pensamiento de aquel hombre, medio moro y medio septentrional, que eso sí, era prudente, resignado, apacible y bondadoso...

Y aquello fué todo lo que le ligó al poeta de los complicados amores nunca satisfechos y jamás logrados: el tributo que á su hermosura rindió, el que andando el tiempo había de compartir con Espronceda y Campoamor el trono de nuestra lírica. Y nada más.

En este amor se expresa el carácter de Gustavo Adolfo Bécquer, cuya vida fué un perpetuo sueño del que despertó con la muerte.

Recordamos que muy joven, casi niño, antes de venir á Madrid, hablando un día con sus amigos de los proyectos que abrigaba para el futuro, hizo un cálculo hiperbólico de las ganancias que obtendría al publicar su primer libro. Manejaba los miles de reales con la misma naturalidad que un alquimista, las familiares retortas. Y en la distribución de aquella fabulosa suma, asignó sesenta mil para comprar amores. Y como quedasen otros tantos sin aplicación y como sobrantes, al preguntarle uno de los pre-

sentes qué haría con ellos, dijo con admirable sencillez:

—¿Qué haré? Serán gastados en obras de caridad.

¡Qué amargo despertar fué el que le aguardaba! Venido á Madrid al poco tiempo con treinta duros que obtuvo de su madrina, instalóse en una casa de la calle de Hortaleza, pagando seis reales diarios. Y empezó la lucha, lucha que acabó con él en la derrota sangrienta de sus ilusiones primero y de su vida más tarde.

Conoció la miseria, supo lo que eran el hambre, la orfandad, el abandono, la soledad entre la muchedumbre feliz y bien conocida. Y en noche de infortunio y llanto debió escribir aquello:

«Llegó la noche y no encontré un asilo,
¡Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí.
¡Y tuve hambre! Los hinchados ojos
cerré por morir.

Estaba en un desierto. Aunque á mi oído
de las turbas llegaba el ronco hervir;
yo era huérfano y pobre: ¡El mundo estaba
desierto para mí!

Todavía no se había inventado la palabra *bohemia*. Y aunque así fuese, Gustavo A. Bécquer, siempre había tenido el buen gusto de no

conocidos de su existencia, para que podamos conocer la extraña psicología del poeta.

Amaba la música más que á la propia Literatura. Aquella constituía un bálsamo sentimental para sus angustias. Entre sus amigos figuraba un pianista llamado D. Lorenzo Zamora, á cuya casa, situada en la Plaza de Herradores, iba todas las tardes á pasarse las horas muertas oyéndole tocar. Artista también de la desgracia el músico, en las improvisaciones febriles, que con inspiración doliente ejecutaba en el piano, expresaba algo del mundo interior que se agitaba en el alma del poeta, que algunas veces gemía, oculto en la penumbra de la obscura habitación envuelta en las sombras crepusculares como en un sudario.

El tiempo que invertía en sus diarias visitas á casa del pianista desconocido, parecía reanimarle. Salía de allí con deseos de trabajar, de hacer algo, de emprender su obra, la obra magna que se había de quebrar entre sus manos apenas comenzada...

Pero luego venía la reacción inevitable que engendraban la crueldad y la hostilidad ajenas. Aquella lucha depurando su espíritu fué ennobleciéndole y elevándole. Se hizo excesivamente compasivo hasta el extremo de que viviendo en la calle de la Visitación, decían sus amigos que había recogido un niño abandonado, haciendo los imposibles todas las noches para llevarle pasteles, cuando él era probable que no hubiera comido pan.

Estas cosas del aquel misántropo comentábanse en el Suizo, donde se reunían los entonces principiantes Eusebio Blasco, Federico Balart, Luis Rivera, Roberto Robert, Florentino Sanz y otros escritores. Y todos compadecían á aquel predestinado á un vencimiento no muy remoto. Este no tardó en llegar. Gustavo Adolfo era de antemano la víctima de su propio corazón. Arrastrado por su impulso contrajo matrimonio con una mujer que no llegó á conocerle; tuvo hijos, deudas, vivió la tragedia silenciosa de la discordia doméstica...

Pero antes de bajar á la sepultura, dejó como testamento de su corazón una poesía que no fué insertada en la colección de sus obras.

Se ha conservado gracias á Eduardo de Lustonó, que la guardó cuidadosamente, al no poder publicarla en *La Correspondencia Literaria* según había convenido con su autor. Hela aquí:

Una mujer envenenó mi
[alma,
otra mujer envenenó mi
[cuerpo,
ninguna de las dos vino á
[buscarme,
yo, de ninguna de las dos
[me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda,
si mañana, rodando, este veneno
envenena á su vez, ¿por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que á mí me dieron?

Fué un hombre moreno hasta la exageración, sonrió hasta la grosería, soñador, reservado y triste y para mayor paradoja, conservador en política. Conocía las obras de Enrique Heine por Augusto Ferrán, con quien le unió una íntima amistad. Hablaba regularmente el francés. Siempre ambicionó hacer obras para el teatro; pero nunca llegó á realizar sus propósitos, quién sabe si por invencible repugnancia á las camaraderías de bastidores.

Casi en las postrimerías de su vida, hallándose en el monasterio de Veruela, descubrió en sus inmediaciones un tesoro; pero murió sin poder extraerlo por carecer del dinero necesario para los trabajos preliminares.

De su viuda se perdió la huella á los pocos años de fallecido el poeta. Únicamente se sabe que contrajo matrimonio en segundas nupcias con un recaudador de Contribuciones de la provincia de Soria, el cual fué asesinado una noche cuando iba del brazo de su esposa. Y nada más que merezca ser recordado.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ



Detalles del monumento á Bécquer, obra de Collaut Valera
FOTS. PÉREZ ROMERO

aplicársela. Era aquéllo un huérfano, un hombre para quien el mundo no tenía lisonjas ni mercedes, un desgraciado.

Por aquellos entonces había en la Corredera un Café llamado de los Angeles. Allí acudía con frecuencia Gustavo Adolfo á reunirse con unos cuantos pintores y literatos tan desconocidos como él. Vivían todos una vida trágica llena de adversos destinos. Tenían talento, genio, inspiración, juventud... todas esas cualidades, vestidas pomposamente con el ropaje de una palabrería resonante, pero que no bastaban en las luchas por la gloria, donde todo se reduce á cuestión de suerte, y oportunidad.

Vivía á la sazón el joven poeta, en casa de una paisana que apiadada de sus desdichas, dábale hospedaje casi gratuitamente. Ambos compartían la exigüedad de una pensión módica, disfrutando de los escasísimos beneficios que aquella podía reportarles. El apellido de la señora se ha olvidado.

Sólo sabemos que se llamaba doña Soledad y que habitaba en un humilde cuarto de la calle de la Paz...

¿Para qué seguir detallando la vida de Gustavo Adolfo Bécquer? Ello requeriría un libro voluminoso, porque su biografía está por hacer. Citemos nosotros ahora algunos episodios des-

LA CARGA HEROICA DE LOS "ESCOCESES DE LONDRES" EN DIXMUDE



El famoso cuerpo de fusileros escoceses, de brillantísima historia militar, logrando contener en la noche del 31 de Octubre el esfuerzo alemán para romper el ala izquierda de los aliados con objeto de avanzar sobre Dunkerque

Dibujo de D. Macpherson

LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

RECOMIENDAN las Guías de Turismo, á los extranjeros que vienen á Madrid, que, luego de visitar cuanto es digno de verse en la Villa y Corte (y que algunos circunscriben al Museo del Prado y al Palacio Real, con sus dependencias), emprendan excursiones al Pardo y Aranjuez, á Toledo y al Escorial. Pero son pocas, si es que existe alguna, las que encarezcan el interés que ofrece á la curiosidad de los amantes de monumentos históricos la vecina ciudad de Alcalá de Henares, la antigua *Complutum*, la arábica *Al-kalá*, *Nahar* (Castillo del Henares), la patria, en fin, de Miguel de Cervantes (cuya partida de bautismo se conserva en la Parroquia de Santa María), el historiador Solís, Fernando I, hermano de Carlos V, y otros personajes de merecida nombradía.

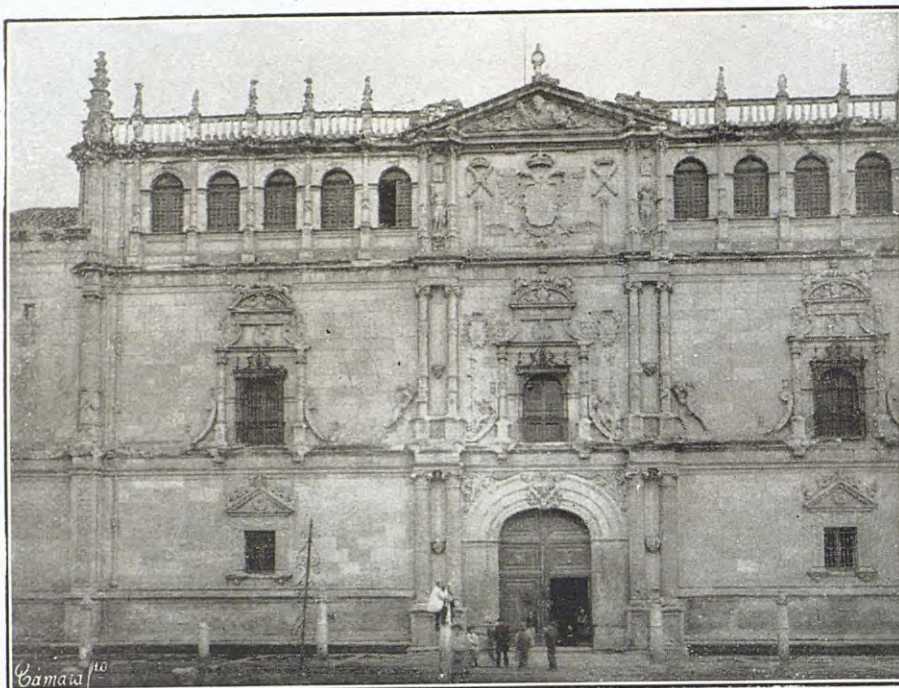
Y claro está que nunca podrá Alcalá de Henares compararse con la gran Toledo, maravilla soberana entre las grandes ciudades del orbe, historia en piedra de España, joya sin rival de nuestra patria; ni con el melancólico Escorial, por tantos estilos asombro de propios y de extraños; ni tiene, á falta de monumentos, la amenidad suntuosa y exquisita de los jardines y palacios de Aranjuez y de La Granja

ó el carácter de época y la colección de tapices del Pardo. Pero sin que Alcalá de Henares pueda jamás ponerse en parangón con estas verdaderas atracciones del turismo, contiene sobrados motivos de interés para que los viajeros no des-

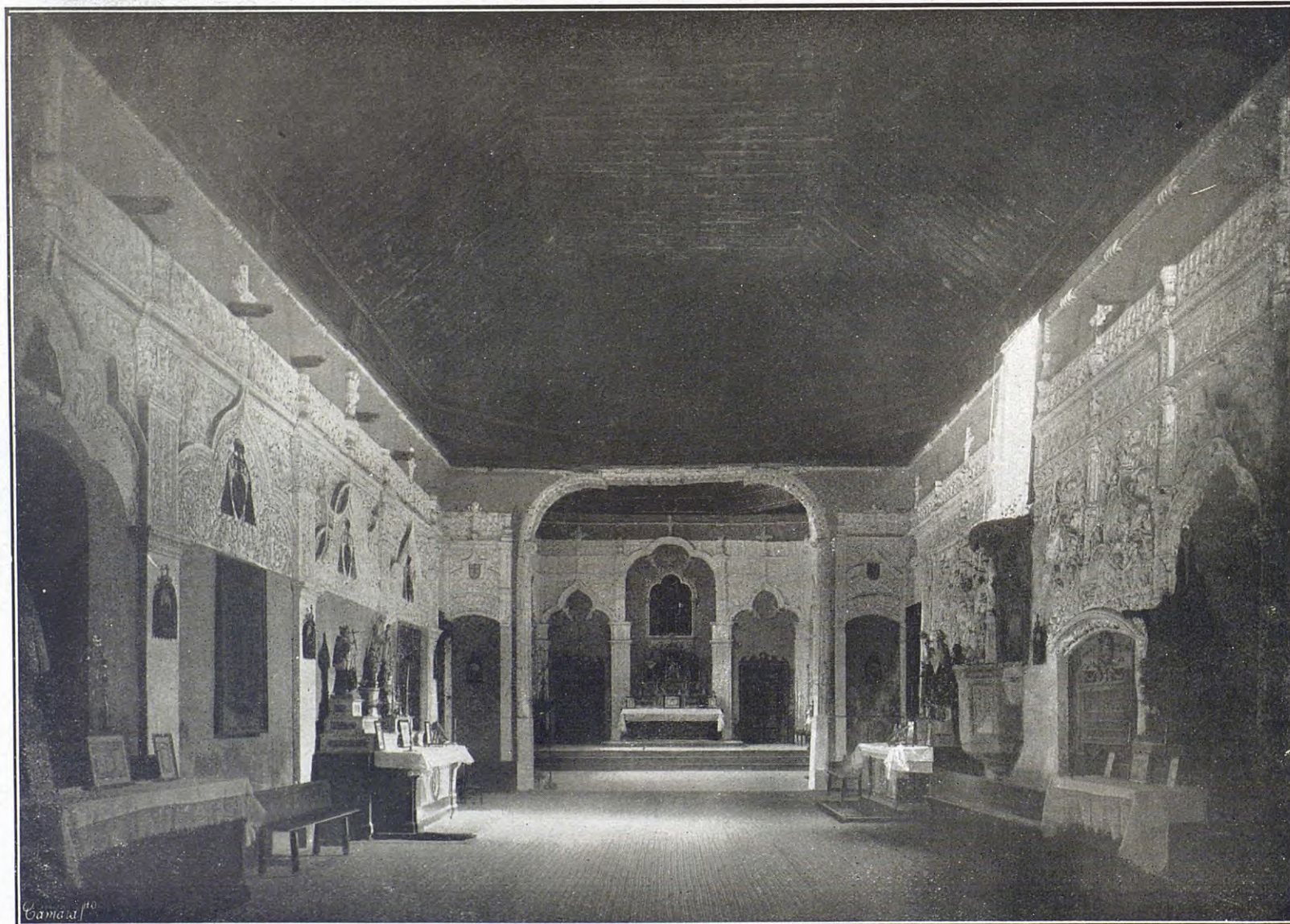
deñen el hacerle una visita, máxime estando tan cerca como está de Madrid y siendo, además, tan barato y cómodo el viaje.

Alcalá de Henares vale la pena de un día, aprovechable con la visita á sus curiosidades más salientes, entre las que es capital la de la Universidad (actualmente ocupada por los PP. Escolapios), establecimiento docente de que Cervantes habla con encomio en el *Quijote*, y que fundó en 1498 el cardenal Jiménez de Cisneros. El autor de su magnífica fachada, modelo bellísimo del Renacimiento, que adornan grandes relieves, columnas platerescas y corintias, arcos estriados, una balaustrada coronada con agujas góticas y el simbólico cordón de San Francisco, fué el arquitecto Pedro Gil. El interior de la Universidad contiene diez y seis patios, de los que los tres principales son: el primero, circundado de 96 columnas jónicas y corintias; el segundo (de los Filósofos), y el tercero ó Trilingüe (el más antiguo y curioso), que da acceso al Paraninfo en que se conserva la cátedra en que actuaban los graduandos, un buen artesonado y el balcón.

ANTONIO CÁNOVAS



Detalle de la fachada de la Universidad de Alcalá de Henares



Antiguo Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, actualmente modificado

FOTS. KAULAK

LA ESFERA
MONUMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE ESPAÑA



ARCADA DEL PATIO DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

FOT. KAHLAK



Fantasías de Otoño

“FOX HUNTING”

De Cecilia Vergeles á Clarita Portolés

A buen seguro, muñeca, que me estarás echando una fama de olvidadiza y mala persona capaz de desacreditarme entre los que pudieran aspirar á casarse conmigo el día de mañana (¡un mañana muy lejano!)

»Acaso también, como en tu casa no lees ahora más que periódicos germanófilos, me compadeczas profundamente. Dejándote engañar por esos periódicos, creerás que Inglaterra está agonizando, que todos padecemos de tortícolis á fuerza de tener la cabeza hacia atrás acechando en el cielo la silueta terrible de un *zeppelin*, y que por las noches miramos debajo de la cama esperando, temblorosos, hallarnos con un submarino alemán.

»Tranquilízate, Clarita. Me estoy divirtiendo como nunca. Los ingleses son un pueblo admirable. Aquí no se nota lo más mínimo la guerra. No se ha alterado en nada la vida y ni uno sólo de los hombres con quienes hablo dudan un momento del triunfo definitivo. Se encogen de hombros, sonríen y cambian de conversación elogiando mi pelo crespo y negro, mis ojos zarcos y bravíos y mi carne tan morena, que ahí me enfurecía, y aquí ni siquiera disimulo con los polvos.

»Soy como un

símbolo cálido de la bella España entre las muchachas de pelo de miel, de ojos de zafiro y carnes demasiado sonrosadas, de muñeca.

»Tu novio, el poeta, diría que soy como un girón de copla andaluza caído, por milagro, en un salmo bíblico de los que cantan aquí los domingos. Lo cierto es que, lo mismo en casa de mis primos en Londres, que ahora en el castillo de M. James Bland, donde hemos venido á pa-

sar el Otoño, me divierten y se divierten mucho conmigo.

»Hace tres días salimos de caza y no sé si lograré darte una sensación exacta del espectáculo tan pintoresco, tan rebonito, de la *fox hunting* con levitas, jaurías, sonatas de las trompas doradas, y saltos de setos, vallas y riachuelos.

»Todo esto, que sólo conocía por los álbumes de Noel, por los grabados que adornan el cuar-

to de mi hermano mayor, por los libros fantásticos de mi niñez y las novelas inglesas de mi juventud, lo he vivido durante unas horas y he sido yo una de esas amazonas, de la levita roja y la falda negra, que lanzan su caballo al galope en la fiebre de la persecución, ó lo deja ir al paso, en la calma solitaria del bosque, mientras un cazador galante nos dice gratas mentiras al oído y suena el *allalí* lejano y fanfarrón...

»Dicen que las mujeres rubias y pálidas son más propicias al romanticismo que nosotras, las morenas, con la cabellera fosca y áspera, de criolla. No es verdad. Desafío á romanticismo á cualquiera.

»Largas horas quedaba suspensa ante aquellos álbumes de Cecil Aldin, ó me detenía en un capítulo de novela. Unas veces veía



Los cazadores durante un descanso

cómo en torno del lago—donde se ahogaba un ciervo perseguido, ensangrentando el agua, cercado de cabezas menudas y nerviosas de lebreles—, esperaban los cazadores de pelucas empolvadas y dorados casacones de tiempos de Luis XV y las damas con tocados *pompadour*.

»Otras veces era la silueta del *piqueur* á caballo, seguido de cientos de perros con la lengua fuera y los rabos en alto, dirigiéndose hacia la explanada que hay delante del castillo y tendiendo sobre el verdor de la planicie la línea de un friso.

»O los incidentes cómicos: un jinete que cae dentro de una charca y se levanta hechos una lástima la levita roja y el pantalón blanco; el señor gordo, rubicundo, de cortas patillas, á quien el viento arrebató la gorrilla de terciopelo negro y quiere detener, sin conseguir, el caballo...

»Y también la comida después de la cacería en el amplio comedor, con las paredes recubiertas de roble, adornadas de trofeos venatorios y alternando con las viejas armaduras, los retratos de antepasados, que pintaron Reynolds, Gainsborough y Hoppner, y los paisajes de Turner ó de Constable, y á través de las chatas ventanas de emplomados vidrios, pasan los alegres ladridos de la jauría y los vibrantes sonos de las trompas...

»Pero siempre los grabados que más me complacía mirar y los paisajes novelescos en que me era más grato detener la imaginación, eran aquellos en que se veían juntas las siluetas de dos enamorados ó prontos á enamorarse. Aun muy niña, tenía yo el presentimiento de cómo sería dulce oír palabras de amor durante una cacería.

»Esto me acarreó un desengaño fatal cuando se organizó, en Septiembre de 1909, aquella excursión á las cercanías de Madrid para cazar inofensivas perdices y humildes conejitos, sin jaurías, sin monteros, sin galopadas á través de bosques



y llanuras, sin *habits rouges*, y con un compañero de «puesto» que no acertaba una, que estuvo á punto de matar un guarda

da y á quien le estaba pequeño el traje de pana gris.

»En cambio, la *fox hunting* del otro día, fué, como te digo, la realización de mis deseos románticos. Prácticos y elegantes en todo, los ingleses prefieren esta caza del zorro, que en el fondo no es más que un pretexto para vestir trajes pintorescos y para mostrar sus proezas de jinetes.

»Muy de mañana, delante de todos los cazadores y de los perros impacientes, trajeron el zorro encerrado en su jaula. Daba pena ver el espanto de la fierecilla, con sus ojos menudos é inquietantes y erizado su áspero pelo gris. Apenas abrieron la jaula desapareció de un salto. Soltaron los perros y tras ellos lanzamos nuestros caballos al galope.

»Un estrépito de ladridos, gritos, risas y metálicos sonidos de las trompas, estremeció el



aire frío y triste de la mañana, envuelta por la niebla.

»Para nosotros no había obstáculos; setos, vallas, fosos, riachuelos, los saltábamos entre risas y gritos de alegría. Lo de menos era el zorro acosado, jadeante, con la lengua fuera, con pellones de barro húmedo en el cuerpo mojado de sudor y de agua. Lo importante era aquella alegría de la loca carrera con rumbo desconocido, azotado el rostro por el frío aire matutano.

»Al fin, después de treinta ó treinta y cinco minutos, el zorro se declaró vencido y cayó reventado al borde mismo de un lago. Uno de los monteros le cogió por el rabo, lo zarandó en el aire y acabó por tirarle en medio de la jauría que le destrozaron en pocos segundos, mientras las trompas tocaban el *halali* y nosotros gritábamos ¡hip!, ¡hip!, ¡hurra!, ¡hurra!, levantando las gorritas de terciopelo en el extremo tembloroso de las fustas.

»Luego soltaron otros *fox* y tornaron las cabalgadas á lo largo de las verdes praderas.

»Ya te veo sonreír pensando que en esta cacería me faltó el aspecto más agradable: el sentimental de una paseata lenta con un jinete enamorado junto á mí.

»Pues, no, muñeca, no me faltó ese grabado romántico que tanto me gusta. Pero, en honor á la verdad, el galán tenía más años de los que fueran necesarios. Ha cumplido ya cuarenta y cinco — muy bien llevados, eso sí, — tiene no sé cuántos miles de libras de renta y es solterón empedernido.

»Se llama Mister Dowser, y desde que me conoció le gustó mucho. Pero, más que yo, parece gustarle el dinero y la libertad holgachona de su soltería. Se ha enterado de mi fortuna y sabe que no tengo dos pesetas, que soy la prima, pobre, de la mujer de un hombre no muy rico.

»Alguna vez, por simple coquetería, he jugado con su impasibilidad y procuraba inquirir sus intenciones respecto de mí. Siempre retrocedía, recogía velas, temeroso de comprometerse demasiado, á pesar de que en los ojos se le adivinaba lo feliz que sería pudiendo amar, sin prejuicios de fortuna.

»Bromeando se lo dije el otro día.

»—¡Ay, Mister Dowser, usted es lo que llamamos en España «un viejo zorro»!

»—¡Oh! Cácame, entonces—repuso.

»—No, Mister Dowser, á los zorros viejos no se les caza tan fácilmente.



»Y sin embargo...

»Ayer, Mister Dowser, se me declaró. Han podido más mi carne morena, mis ojos zarcos y mi cabellera fosca, de negrita, que su horror al matrimonio y sus egoísmos de millonario.

»Fué durante un descanso del *tennis*. Yo —sin modestia— debía estar muy bonita. Mister Dowser había tenido suerte la noche anterior en el juego, y quería, por lo visto, desmentir á un refrán español.

»Práctico, siempre, no gastó muchas palabras y me exigió dulcemente que no empleara yo tampoco muchas. (Sin duda temía arrepentirse.)

»Y cuando yo le dije que sí, tuvo una frase burlona.

»—Ya ve usted cómo no es tan difícil cazarme.

»¡He cazado al zorro! Y sin *habits rouges*, sin cabalgadas locas, sin que lanzaran el *halali* las sonoras trompas.

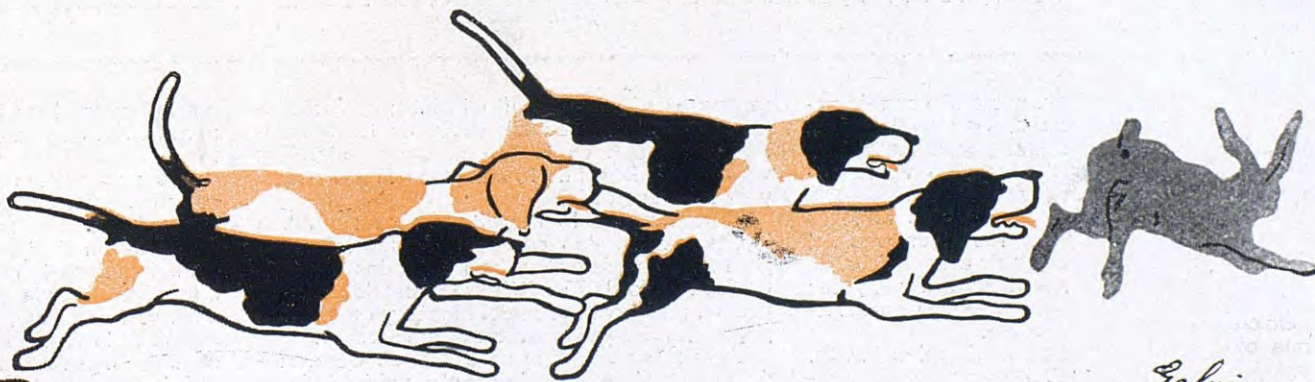
»¡Ah! ¡Y sin perros!

»Muchos besos de tu invariable amiga,

Celia.»

José FRANCÉS

DIBUJOS DE GALVÁN



Galván

DE LA GUERRA NAVAL
LOS SUBMARINOS

La grave doctrina que un día lanzara despedido el almirante inglés Sir Percy Scott ha conseguido muchos prosélitos, que aumentarán con las bélicas proezas del E-9 germano. Las naciones débiles de litoral extenso, como la nuestra, presto creyeron que sin gran esfuerzo económico quedaría resuelto á maravilla el difícil problema de la defensa de sus costas y puertos; sueños de victoria hicieron revivir empolvadas epopeyas y se rememoraron tradiciones para recordar añejos laureles: ¡tiempo perdido!

Otro técnico inglés rebate con sólidos argumentos el decantado triunfo de las pequeñas naves sumergibles, y hace un llamamiento al buen sentido, para que la razón halle cobijo en los espíritus impresionables que han dado por cierta la derrota del acorazado.

Calma, señores, calma; que á la postre resulta que aún le queda mucho que andar al submarino para que pueda entonar esa victoria. Claro es que su papel en las escuadras modernas va en aumento y que es arma que se desarrolla velozmente; pero su potencialidad es insuficiente todavía para hacerle dueño y señor de los océanos; precisase que aumenten con exceso su tamaño, su poder, su velocidad y su capacidad ofensiva.

Su acción, hoy por hoy, que dicho sea de paso, es cuanto nos interesa, es muy limitada, por su débil acción atacante, por la lentitud de sus movimientos y por su excesiva vulnerabilidad.

El más perfecto de los submarinos ingleses es el tipo E, proyectado por los ingenieros del Almirantazgo. Hay 14 barcos de este modelo, de los que se han perdido los números 3 y 5, y dos en Australia. El pasado año entraron en servicio cinco y en el actual el resto.

Las características del submarino tipo E, son: 45'65 metros, de eslora; 7, de manga; 5'65, de calado en navegación de superficie; 720 toneladas de desplazamiento en la superficie, y 810, de desplazamiento, sumergido; flotabilidad total, noventa toneladas, ó sea el 11 por 100 del despla-

zamiento en inmersión; dos hélices; potencia total de los motores de superficie, de 1.700 caballos, y de 600, en los motores de inmersión; velocidad máxima de 16 millas en la superficie, y de 10, sumergido.

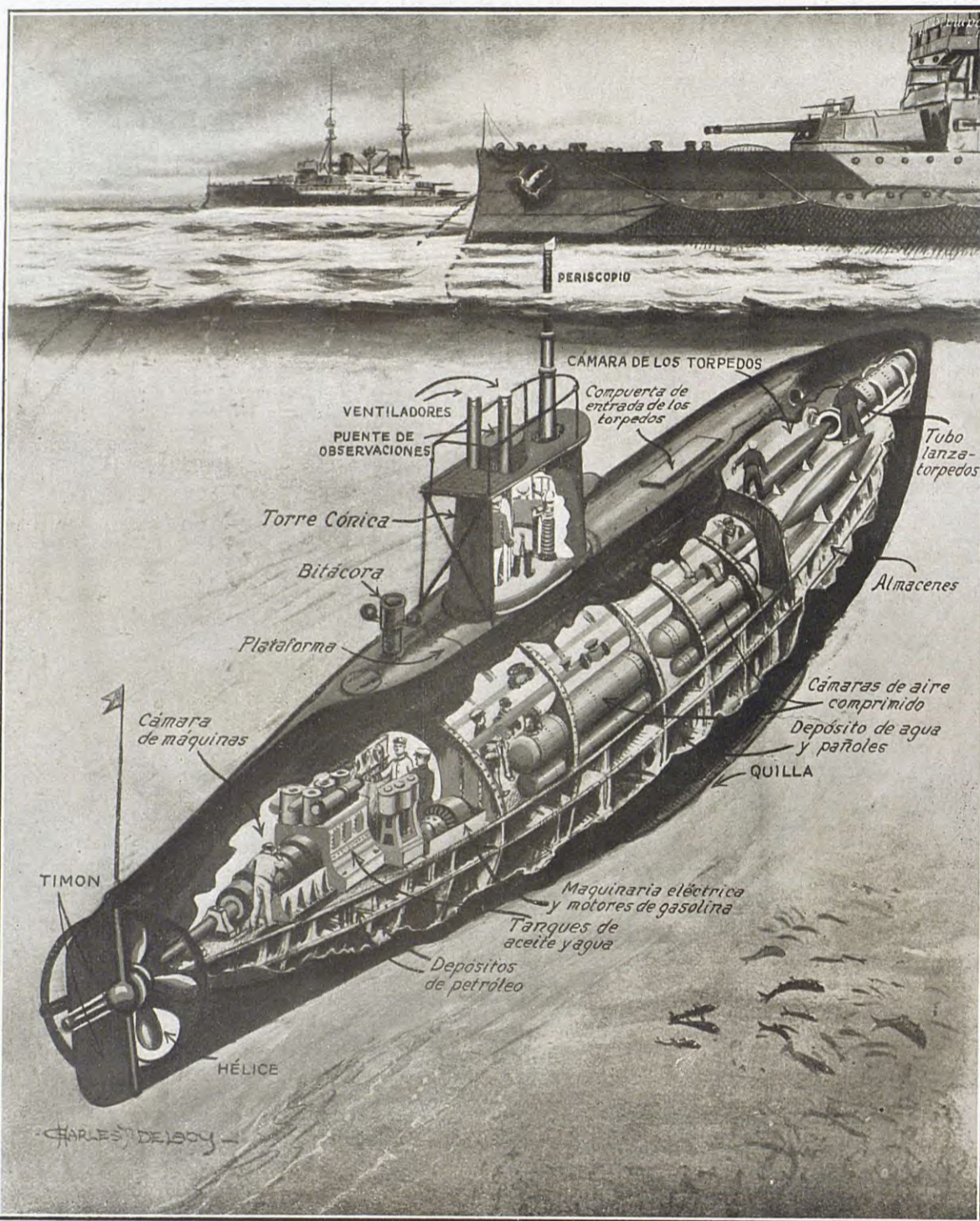
El armamento lo constituyen: cuatro tubos lanzatorpedos, dos en la roda y dos laterales, para torpedos de 538 milímetros; y dos cañones de tiro rápido de 76 milímetros, instalados en el puente, uno por la proa del kiosco y otro por la popa, pudiendo eclipsarse en la inmersión.

Lleva este submarino un ancla sin cepo, modelo especial de la marina inglesa, instalada en la superestructura de la parte de proa, en un plano inclinado que no se puede mover más que cuando el submarino está en posición de navegación en la superficie.

patrio fervor vivan bajo las ondas del Océano para hallar, tal vez, en su fondo, olvidada sepultura.

Los sumergibles germanos en esta epopeya sangrienta y duradera, han derrochado audacia, atacando á los cruceros británicos en aguas que se estimaron siempre como de dominio inglés. Un solo submarino teutón, el E-9, echó á pique á tres barcos de la marina de guerra inglesa y otro, valientemente, detuvo frente á las mismas costas de la Gran Bretaña, á un barco mercante de la poderosa Albión, que desde Liverpool se dirigía á Calais, bien ajeno á que buque alguno osara detener su marcha. Hizo el submarino germano desalojar el barco y lo hundió en el Océano.

CAPITÁN FONTIBRE



El grabado adjunto representa el submarino inglés A-7, uno de los varios buques sumergibles que ha perdido la poderosa escuadra de la Gran Bretaña. Data de este barco de Abril de 1904 y fué botado al agua el mismo día que el A-8. De la serie A, eran 15 los submarinos construidos por la soberbia Albión, y para dar razón á los supersticiosos, se han hundido ya en las aguas, para siempre, cinco de estos buques: el A-1, el A-3, el A-5, el A-7 y el A-8. De otros tipos ha perdido Inglaterra el C-11, el E-5, y el C-14. Los primitivos tipos de submarinos, como el A-7, sólo los empleaba la Gran Bretaña para instrucción y defensa de costas.

Tiene el buque de referencia una estación radiotelegráfica de 50 millas de alcance.

El costado de la obra muerta es vertical. El puente está próximamente á dos metros sobre la flotación, en navegación de superficie, por la proa del kiosco, y por la popa, á 2'25.

Para la inmersión lleva dos pares de timones horizontales, uno por la proa y otro por la popa. Para la dirección tiene, como los submarinos alemanes, el azafrán ordinario situado por debajo de la flotación á popa de las hélices, y un gran timón vertical sobre la cubierta.

A su casco circular están acoplados, á babor y estribor, dos cascos más pequeños, semicirculares, que terminan en punta hacia la popa y la proa.

El ojo del submarino es el periscopio. Creencia general fué que sin él, la ceguera era muerte del sumergible; mas, si bien su pérdida anula casi la acción del barco, no lo inutiliza para la navegación.

Los submarinos alemanes son todos del tipo «Germania», de tanta perfección y solidez como los modelos ingleses.

Precisan estas audaces máquinas navales, tripulantes hábiles, fuertes, enérgicos, prestos á la abnegación y voluntarios al sacrificio, que por



EL REY DE SIÓN

Cierto diputado francés, M. Cochin, ha tenido una idea en todos sentidos peregrina. Sobre todo si se tiene en cuenta que la tal idea, llega precisamente hasta Jerusalén.

Trátase después de todo, de una justa indemnización. El rey Alberto de Bélgica ha perdido su reino por prestar un servicio á Francia, y nada más natural sino que los franceses provean lo necesario para darle otra corona en cambio. El proyecto de M. Cochin tiene un bello aspecto legendario. Como que ha propuesto que se le dé al soberano belga, el reino de Jerusalén, la ciudad divina que ha tantos siglos espera su monarca.

Esta donosa ocurrencia no puede por menos de recordarnos el ingenioso chascarrillo de aquel célebre ex gobernador tan famoso por sus donaires, que habiéndole dejado fuera Sagasta en una combinación de pretores, decía recordando el caso del capellán mayor de Palacio y su diócesis in-partibus:

—Mira, si no hay vacante en ninguna provincia, lo que puedes hacerme es Gobernador de Sión.

No había de sospechar sin duda aquel hombre tan ocurrente, que andando el tiempo, lo que él dijo por gracejo, sería repetido en serio y con toda solemnidad por un parlamentario francés, con aplicación á un príncipe en desgracia. Y al mismo tiempo viene también á nuestra memoria cierta curiosa novela que allá por el año 1879 hubo de publicar con el título de *Le vingtième siècle*, el dibujante y escritor humorista Robida, que como el general Joffre era un catalán francés.

Con una gracia finísima y una videncia extraordinaria, refería entonces el novelista citado lo que es ahora la vida del siglo en que vivimos. El gramófono, el cinematógrafo, la telegrafía sin hilos, la aviación, todo lo que él supuso al escribir su libro, ha ido teniendo sucesivamente una realidad. Y por adivinar en todo, hasta llegar á acertar en muchos de los trastornos políticos y guerreros que estaban reservados á la

centuria actual. Algunos acontecimientos hay como la revolución en China con la proclamación de la república y la europeización del aspecto de los indígenas, que se han verificado tal y como la jocosa fantasía de Robida lo había referido, haciendo la historia mucho tiempo antes de que se verificasen los hechos.

En mucho de la gran zalagarda que actualmente conmueve á Europa, hubo acertado también ese que burla burlando fué un profeta indudable, y por último, como si se presagiase el intento de M. Cochin, habló de la restauración del reino de Jerusalén.

He aquí, pues, en liza el renovador del derecho de los Lusignanes, caballerescos como aquel Lohengrin que anduvo un tiempo por aguas del Escalda, y del cetro de Herodes quien al cabo de los siglos ha venido á quedar en mantillas ante la prisa que se dan en estos aciagos días las armas beligerantes, para disminuir la población.

Ya existe candidato para el trono de David, que tiró el arpa como el pobre Alberto de Flandes ha tenido que soltar por ahora su corona. Pero la silla de Salomón, es la que ha de permanecer en prolongadísima vacante. ¡Oh, dios de Israel, y qué de cosas nos estaban reservadas para vistas en estos nuestros menguados días!

A grandes fracasos hemos asistido desde el comienzo de la actual contienda. No sólo hemos visto desplomarse reinos, sino también sistemas. Con el estrépito más ruidoso ha caído y se ha deshecho el socialismo que todavía, en el mes de Julio último, nos parecía que era algo fuerte, algo saludable y algo que tenía una eficacia positiva. De ser cierto esto, no hubiera habido guerra en Europa. Y al cabo de más de cien años de lucha constante por una pretendida libertad, y esa ficción á que algunos dan el nombre de democracia, comenzamos á sospechar que todo esto se derrumba también por inconsistente y vacío.

Unas amargas palabras de Larra, desorientado y vacilante al considerar lo vago de la mar-

cha de la humanidad, son de absoluta y permanente actualidad. Helas aquí:

«La vida es un viaje; el que lo hace no sabe á dónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando y dícele: ¿A dónde vas? ¿Por qué andas? Yo he llegado á donde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenía un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? Nada.»

Fíguro siente entonces un optimismo. Cree que á pesar de todo se debe seguir andando, y hasta cree que debe haber una execración para el que causa la desilusión revelando la dolorosa verdad. Eso decía Larra en las cuartillas; sin embargo, poco tiempo después firmó con un pistolazo sobre su preclara frente, la afirmación contraria. Y dijo también que no valía la pena de seguir.

La ciencia nueva de Vico, es verdad. La marcha hacia un progreso indefinido, un imposible que la historia nos ha demostrado muchas veces que en vano creíamos ahora que podía rectificarse hasta una perfección ensoñada.

¡Inri! He ahí el letrero que se quiere poner á fin de cuentas sobre la cabeza de Alberto I. Este es el rey de los judíos, el soberano de Sión. El crucificado.

Los soberanos de otros países que llevan de adorno, al lado de los suyos efectivos, el título de rey de Jerusalén, pueden en buen hora aceptar este nuevo colega que el infortunio les depara. Ningún símbolo más verdadero que este de la monarquía sionista para esa víctima de las luchas harto terrenas. No tenemos al diputado francés M. Cochin por un ironista, ni por un profesional del humorismo, pero su pensamiento entre burlesco y generoso, es la crueldad más honda que ha podido florecer en esta inaudita y horrible siembra de crueldades.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJO DE MARÍN



BARTOLOZZI

LA GUERRA PASA...

—Díme, abuela, ¿por qué ahora que son las noches galanas no están las rejas floridas, ni hay alegres serenatas?—

—Es que han partido á la guerra los galanes que rondaban, y ya no ponen las novias sus floridas enramadas.

—Y dígame la mi madre, ¿por qué en la guerra se matan? Yo ví pasar los guerreros con bellos cascos y lanzas, banderolas y rodela que fulgían como plata.

—Eso que tú viste, niña, con tan marcial arrogancia, eran los torvos corceles de la Muerte, que pasaban.

◇

—Abuela, lloran los niños porque el hambre les acaba, y van gimiendo las viudas locas y desmelenadas.

—Es que ha estallado la guerra y han incendiado las fábricas, y no hay quien labre el terruño, y no hay ni abrigo ni hogaza.

—¡La guerra es un crimen, madre!

—Pero los reyes la mandan, y los rebaños humanos sin saber por qué... se matan.

—He visto volar los cuervos en fatídicas bandadas, y los canes vagabundos ladraron en lontananza.

—Eran los fieros mastines de la Muerte, los que aullaban.

◇

Fulge, sangriento, Saturno; hilan sin cesar las Parcas, y el crimen habla al oído de las testas coronadas.

—Madre, ¿tornará aquel mozo que tan rendido me hablaba?

—No tornará porque es muerto en una tierra lejana,

y aunque ha muerto como un héroe ¡su madre, cómo lloraba!—

La niña bajó los ojos todos velados de lágrimas.

—¡Malhaya la guerra, madre, que mis amores me mata!

—Niña, lo mandan los reyes por el honor de la patria, y diz que tienen la honra en la punta de las lanzas.

◇

En sus áureos camarines sueñan los fieros monarcas, con la gloria refulgente que los cubre con sus alas. Y de noche, en los distantes campos de horror y matanza, bailan la Muerte y el Diablo una alegre zarabanda.

EMILIO CARRÉRE

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LA CARICATURA EXTRANJERA



PRISIONEROS DE GUERRA

—¿Sabes, amigo alemán, lo que se me ocurre? Que si vuelve á estallar otra guerra haremos declarar neutrales nuestras líneas de retaguardia
(Del "Jugend")



NUESTRAS VISITAS

HUERTAS, EL EX PRESIDENTE



Cuando abandonábamos la redacción con el propósito de dirigirnos al hotel donde se hospedaba el general Huertas, nuestro director nos detuvo un momento.

—¿Va usted á ver á Huertas?...

—Sí, señor. He podido averiguar, gracias á la amabilidad de Méndez Alanís, que ha llegado hoy á ésta y que se hospeda en el «Hotel Continental» y allá vamos.

—Muy bien; pues por el camino vea usted esos documentos que hemos recibido; tal vez le sean útiles para su información.

Y diciendo ésto, me entregó una carta y varias fotografías. Ya en la calle y dentro del coche, comencé á enterarme. La carta, cuya letra era de mujer, decía textualmente:

«Sr. D. Francisco Verdugo, Director de *Mundo Gráfico* y LA ESFERA.

Muy señor mío: Me tomo la libertad de escribir á usted, alentada por los dos números de *Mundo Gráfico*, con los cuales acabo de confirmar la idea que tengo de ese periódico, y es que es el primero de España y el más valiente, pues es el único que ha tratado la cuestión de Méjico con patriotismo y con valentía. Dios se lo pague y ojalá por ese camino puedan ustedes hacer algo en favor de tanto desgraciado español, que abandonados en las malditas garras de aquella gente, están sufriendo horrores tan negros como inhumanos. Soy mejicana y, sin embargo, estoy aterrada de todas las infamias que han cometido y siguen cometándose con los españoles residentes en Méjico. Porque tengo un verdadero amor por esta generosa España, me da pena ver todo ésto y el poco ó ningún interés que inspiran esos desgraciados españoles á vuestro gobierno y á la mayoría de sus hermanos.

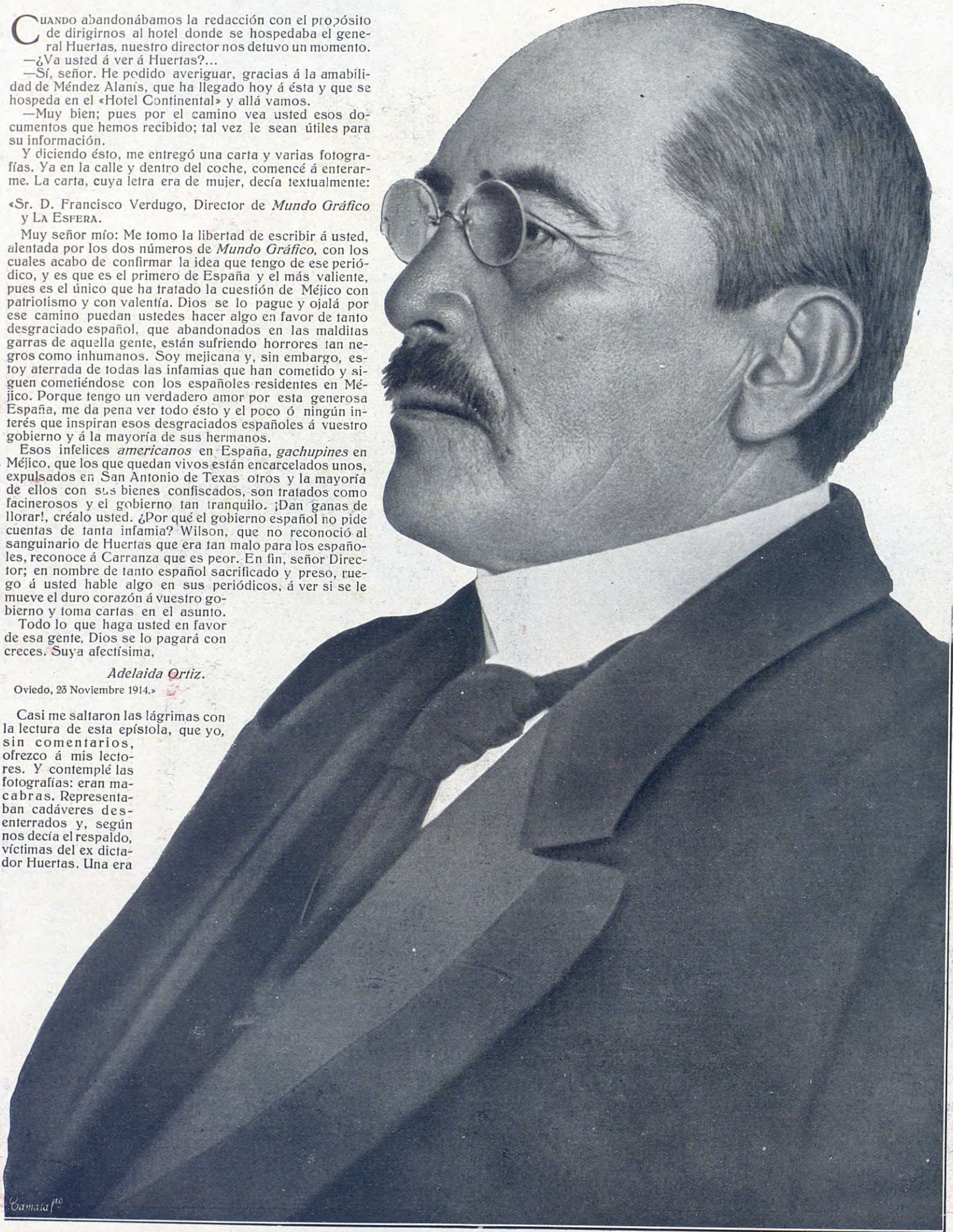
Esos infelices *americanos* en España, *gachupines* en Méjico, que los que quedan vivos están encarcelados unos, expulsados en San Antonio de Texas otros y la mayoría de ellos con sus bienes confiscados, son tratados como facinerosos y el gobierno tan tranquilo. ¡Dan ganas de llorar!, créalo usted. ¿Por qué el gobierno español no pide cuentas de tanta infamia? Wilson, que no reconoció al sanguinario de Huertas que era tan malo para los españoles, reconoce á Carranza que es peor. En fin, señor Director; en nombre de tanto español sacrificado y preso, ruego á usted hable algo en sus periódicos, á ver si se le mueve el duro corazón á vuestro gobierno y toma cartas en el asunto.

Todo lo que haga usted en favor de esa gente, Dios se lo pagará con creces. Suya afectísima,

Adelaida Ortiz.

Oviedo, 23 Noviembre 1914.»

Casi me saltaron las lágrimas con la lectura de esta epístola, que yo, sin comentarios, ofrezco á mis lectores. Y contemplé las fotografías: eran macabras. Representaban cadáveres desenterrados y, según nos decía el respaldo, víctimas del ex dictador Huertas. Una era



la de los restos momificados del senador D. Belisario Domínguez, que la misma noche que siguió a la tarde en que pronunció una catilinaria contra el presidente, desapareció y ahora aparece enterrado y roído por los gusanos. Otra, la del cadáver del general Tapia, *suprimido* por igual mano. También estaba entre ellas la del cementerio donde enterraba este Huertas que ahora vamos a visitar con cierta emoción y repugnancia.

Y se detuvo el coche frente al portal de la «Gran Peña». Yo guardé mis documentos. Al mismo tiempo que nosotros, subió en el ascensor el corresponsal de un rotativo norteamericano. Esto nos hizo concebir una idea; no estaría mal fingirnos periodistas extranjeros; de esta manera, el mejicano nos hablaría con libertad de los españoles. Así fué. Nos anunciamos como representantes de un periódico argentino. Y pasamos a las habitaciones del ex presidente, el cual estaba acompañado por los generales mejicanos Blanquet, ministro de la Guerra durante la presidencia Huertas; Bretón, g.bernador militar de Méjico; Quirós, jefe del Estado Mayor, y Delgado, coronel-secretario del ex presidente. También estaba con ellos un periodista de no sé qué diario madrileño.

Todos acogieron nuestra llegada en pie.

El general Huertas es un hombre más bien pequeño, pero tieso y nervioso. Su empaque es autoritario y despótico. No se deciros si es simpático ó antipático; á nosotros nos asquea un poco. Tiene la mirada dura y cauta, y en sus ojos pequeños y negros se adivina una inteligencia privilegiada. Su cabeza de azteca es más bien pequeña que voluminosa y está echada de occipital; sobre ella apenas queda una pelusilla gris de raposo. Su boca, algo hundida, de labios cárdenos, es el signo de un paréntesis que cierra sobre su barba aguda. Lleva el bigote cortado casi á flor de piel. Al hablar enseña unos dientes largos y aculotados por el humo del tabaco. Usa quevedos de potentes cristales que cabalgan sobre su nariz aplastada de anchas aletas, denunciadora de su descendencia india. La piel de su rostro es algo terrosa y curtida; parece que su carne está cubierta por un pergamino añejo, rugoso y cuarteado como esas carteras de piel de codrilo; sus manos son frías y ásperas. Nosotros, al estrechárselas, hemos experimentado una sensación especial; algo así como si apretáramos un sapo ó acariciásemos el lomo de una foca.

Todos hemos tomado asiento. Nosotros al lado del general, que ha empezado á hablar con ese tonillo frío y meloso de los mejicanos.

—Yo, señores, agradezco esta visita; pero no me explico el interés; porque yo, señores, soy un *pelao*, un cualquiera; pero un hombre de bien, ¿sabe?... Me encuentra usted de levita, ¿sabe?, porque voy á visitar, dentro de una hora, á su excelencia Dato; pero yo soy poco amigo de estas mascaradas, ¿sabe?

—¿Le ha anunciado usted su visita al señor Dato?—le preguntamos.

—¡Cómo no, mi amigo!... Y él me ha señalado, en un amable *boletó*, la hora de las dos y media para recibirme. Y luego, esta tarde, espero á su excelencia el ministro de Estado.

Mientras que habla el presidente, su cara irradia un vigor truculento y dominador. Sus leales lo miran con respeto religioso... Seguimos preguntándole, fingiendo acento argentino.

—General, ¿conque, según nos han dicho, ha venido usted á Madrid á plantearle una cuestión personal á ese diputado?...

Afectábamos duda.

—¡Ah! ¿Soriano?... ¡Quite de ahí, mi amigo! ¿Quién piensa en tal cosa; yo soy persona seria y me gusta tratar los asuntos con seriedad ¿no es eso?... Ese homrecito, que no se ofenda su señoría, no ha respondido en el terreno apropiado, ¿sabe?... Un servidor, cuando se enteró de las calumnias que me había dirigido en el Parlamento, le escribió una carta, la cual se ha comido, pues no he recibido la contestación, ¿Qué hacer con un homrecito que no contesta un *bo-*

leto, señor?... Ya ve usted, mi amigo, yo anoche cené más que nunca, y ¿á que no sabe usted lo que me sirvió de aperitivo?...

—¿El qué?—inquirimos.

—El papelito de ese señor, que se llama *España Nueva*.

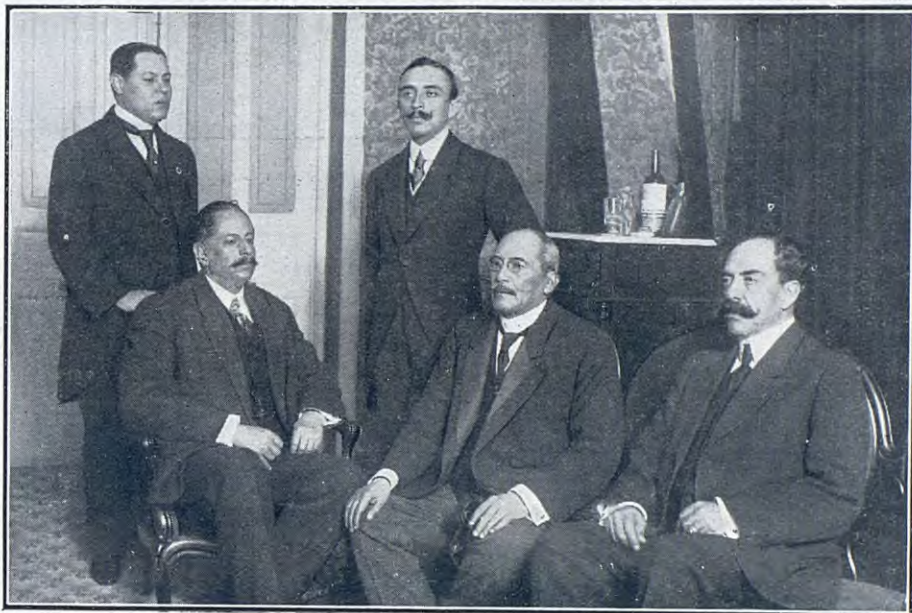
—¿Le decía á usted algo agradable?...

—¡Y tan agradable!... Dice que yo he robado, no sé cuántos millones... ¡A ver, señor!, si esto merece tomarse en serio. ¿Dónde están esos millones?... ¡Ojalá los tuviera, y entonces no estaría hospedado en este hotel de diez pesetas, ni habría establecido mi hogar en una modesta casa de Barcelona, en la Avenida del Tibidabo, 12!, ¿sabe?...

—Pues los corresponsales, en Méjico, telegrafiaron al mundo entero la noticia de que usted, al embarcar, llevaba consigo muchos millones.

—¡Patrañas, mi amigo!—protestó, exaltado—. Dígame usted dónde están... Yo no poseo más que un insignificante capital de 600 mil pesos; pero los he ganado á fuerza de desvelos y trabajo, andando muchos cientos de leguas con el teodolito á cuestas, porque sepa usted, señor, que yo soy ingeniero geógrafo y me he pasado media vida levantando planos. Después he sido soldado. Y pregunte el amigo á mi ministro de la Guerra si un soldado en Méjico puede reunir millones de pesos.

—¿Y qué asunto lo trae por Madrid?...



El general Huertas en sus habitaciones del hotel, rodeado de los generales mejicanos que le han seguido á España

—¡Calle, mi amigo! De eso ni una sílaba por ahora. Dentro de ocho días, le doy mi palabrita de honor, de poner en sus manos unas cuartillas y *protesto* que contendrán muchas cosas sensacionales, ¿sabe?... Por el momento, sólo puedo decirle que la vida de Wilson será muy corta.

Al vernos tomar notas, protestó indignado.

—¡Oiga, señor, no apunte esto que yo le digo en confianza, ¿sabe?... y si usted lo publica yo soy muy capaz de desmentirlo, ¿estamos?...

—¡Qué esperanza!—le contestamos.—Esté usted tranquilo. ¿Y no piensa usted intervenir, dentro de algún tiempo, en la política de Méjico?

—Pienso intervenir con mis muchachos.

—¿Cuántos hijos tiene usted?...

—Tres niños y cinco niñas. A todos los tengo en colegios españoles, porque aquí la base moral es la religión, ¡y así quiero que sean!...

—¿Va usted á estar mucho tiempo por Madrid? El general nos miró con sonrisa astuta.

—No sé, mi amigo, es decir: sí lo sé; pero no quiero engañarlo, ¿sabe?...; porque yo soy y he sido siempre como los guerrilleros: digo que ahorita voy para allá y aparezco por acá, ¿no es eso?...

—Es usted joven, general, yo me lo figuraba á usted más viejo.

—Eso quieren muchos, que sea más viejo, ¡pero no!... Cumpló cincuenta y nueve años el 25 de Diciembre próximo... ¡Ahorita bien! Moralmente tengo más del siglo. Si usted es masón comprenderá lo que quiero decirle. ¡Ah! si yo volviera á nacer, ¡mi amigo!...

Durante un silencio, el general se puso de pie para que nos marcháramos. Nosotros abordamos las últimas preguntas.

—Dicen, general, que es usted hombre de impulsos fieros.

No le sorprendieron mis palabras. Como si tal cosa, repuso con algo de ironía:

—Ya lo sé, señor. Se dice por ahí que soy un *chacal*, que no tengo corazón y que me como á la gente cruda; pero nada de esto debe ser verdad, mi amigo, porque ya ni tengo d'entes ni apetito, ¿sabe? También se divulga el *chisme* de que cuando yo era presidente estaba siempre mi automóvil en las puertas de las hermosas. ¡Ojalá fuera verdad, mi amigo!, sería señal de que era más joven. Pero no crea usted, mi amigo, que á mí me molesta esta campaña. Al contrario, la agradezco; porque á un servidor lo ha hecho figura mundial ese Wilson, á quien ya le demostraré mi agradecimiento, pues sepa usted, señor, que aunque yo toda mi vida he sido un homrecito muy *tracalero* y tramposo, las únicas deudas que acostumbro á saldar con esplendidez son las de gratitud á mis amigos y enemigos, ¿sabe?...

—Aquí, general, se dice que su presidencia de usted fué aciaga para los españoles, á los cuales se les asesinaba por su mandato.

—¡Eso es una infamia, señor!... Una campaña inicua; á mí que no me vengan con esas meces; el que me quiera ofender y tenga corazón que me pegue un tiro, ¿sabe?

Y el ex presidente, en pie, gesticulando con furor, se azotaba el pecho enérgicamente.

—¡Deme el nombre—continuó, irascible—de un súbdito español que yo haya *perjudicado*! ¡Pronoto!... Cite una víctima de mi ferocidad, señor.

—Ante la insistencia de usted —exclamamos con frialdad, buscando entre nuestros papeles las fotografías que llevábamos— voy á enseñarle a'go que le acusa.

Pusimos en sus manos las fotografías de los cadáveres de Domínguez y General Tapia. El los miró indiferente, impávido, sin estremecerse; y después, nos las devolvió, preguntándonos con sorna:

—¿Pero, dígame, señor, eran españoles éstos?

—Españoles no, pero víctimas de...—repusimos desconcertados por su tranquilidad.

—¡Ah! ya, mi amigo..., ¡pues, si no eran españoles!...

Y estas últimas palabras, dichas por el presidente, con pereza é intención, nos produjeron un escalofrío en el cerebro. ¡Qué homrecito!

—Díganos usted algo sobre la situación actual de Méjico.

—Señor; componerme este ojo—repuso, señalando el ojo derecho.

—Y la entrevista que va usted á tener hoy con el Presidente del Consejo ¿está relacionada con el asunto Soriano?...

Dudó un instante.

—¡Perdone, mi amigo!—exclamó; después—. Se pasa usted de listo; mas yo soy homrecito que camina despacio, pero seguro.

—¿Quiere usted, general, contarnos por qué y cómo fué su salida de Méjico? ¿Abandonó usted la presidencia voluntariamente?...

—¡Cómo no!... Por mi propia voluntad, señor, por puro patriotismo; por si yo era un estorbo para restablecer la tranquilidad en mi patria. Se ha dicho que por miedo. ¿De dónde?... No soy yo homrecito que le asusta nada... Decidí abandonar la presidencia y entonces formé un gobierno ¡mío!, ¿sabe?... presidido por Carvajal, cuyo gobierno si luego resultó malo, no fué culpa mía, pues yo lo dejé en plena libertad de acción. Aquí mi general Blanquet, que es hombre que habla poco, pero que hace mucho, puso en pie de guerra 250.000 hombres, en menos de ocho días, para oponerse al desembarco de los yanquis.

—¿Dónde embarcó usted?...

—En Puerto Méjico, mi amigo. Sesenta y ocho unidades norteamericanas bloqueaban las costas. Los yanquis me ofrecieron un crucero que desdeñé. ¡No faltaba más!... Al mismo tiempo Jorge V ponía á mi disposición el *Bristol*; pero yo embarqué en el *Kaiser Guillermo*, crucero que me enviaba el Emperador de Alemania, y desde este barco dirigí las primeras operaciones de la guerra.

GLOSARIO DE LA GUERRA: LOS PARÁSITOS



Aspecto de un "restaurant" londinense durante la hora del tango



ENTRE las varias perspectivas que ofrece al pensamiento la guerra presente, sólo las primordiales han suscitado la atención. No es posible leer un periódico sin hallar apreciaciones técnicas, vaticinios, hipótesis de economistas ó de estrategas, hasta impacencias crueles, porque la hecatombe en vez de seguir como un alud hacia la sima, parece detenerse á veces; titubear. Por virtud de la Prensa, en torno á cada hecho interesante, las opiniones y comentarios urden una maraña que más parece hecha para nublirlo que para esclarecerlo, y ahora la maraña es más profusa que nunca ha sido: los libros multicolores de los gobiernos forman el arcoiris de la contradicción, mientras que un simple adjetivo, igual que la coma de la legendaria sibí-a, basta para infundir á cualquier noticia opuestos sentidos. La pasión toma maneras catedráticas. Sobre los tecnicismos, sobre los sectarismos, flota la elegía: imágenes literarias de todos géneros, tienden á exaltar el unánime dolor de las vidas truncadas, de la sangre que riega campos cuyas cosechas nadie podrá coger, del ímpetu de progreso pacífico detenido por las trincheras, por los cañones, por los hombres yertos é insepultos que habían nacido para ser sus propulsores. Acerca de los parásitos no se ha escrito ni una línea y esto se explica: cuando se ven perecer millares de abejas, es natural que nadie se pare á comentar la muerte de los zánganos.

El parásito es generalmente rico, pero tampoco demasiado rico, pues la administración de un gran capital sería una ocupación que disminuyera su perfección parasitaria; tiene un peculio heredado ó adquirido en un negocio fácil, del que se ha retirado al frisar la cuarentena, y posee lo que él llama con ambigua frase: «Un pasar holgado». Con excepciones, el parásito prefiere las ciudades grandes en las cuales la civilización muestra su nata—diversiones, lujo, sensualidades ingeniosamente servidas—y en donde, sólo con una voluntad de ver hondamente que á él le falta, se percibe la obra ardua y obscura del trabajo que nutre y embellece la vida urbana á costa de anemia. El parásito vive en la civilización y no aporta más que su dinero, que no es suyo; su configuración espiritual habría sido la misma, de haber nacido cien años antes ó cien años después.

El parásito viaja hacia la muerte en un vehículo milagroso, sin saber cuándo se ha construido: hubiera viajado igual en el carro ígneo de Elías. Su vida transcurre estéril; es soltero, no tiene hijos que pueda devorarle la guerra; es tan precavido, que sobre los hijos habidos en sus aventuras ha puesto la cómoda duda egoísta,

desterrándolos así de su amor y de su responsabilidad. El hombre es un árbol á cuya sombra vive, robando su savia, y desde el momento en que la muerte lo arranque, ¿qué le importa la suerte de aquel árbol, de aquella fronda? Un individualismo limitado por la cuna y por el ataud, sustituye en él al pródigo sentimiento de la especie. Y si creyéramos en la trasmigración, diríamos que algo de la piara de Epicuro, desprovisto de toda gracia filosófica, se perpetúa merced á ellos.

Sondea, lector, en tu conciencia y si sales de la prueba victoriosamente, mira en torno de tí á tus amigos, á tus conocidos. En esta hora solemne es noble poder decir: «Esta catástrofe destruye algo de mi esfuerzo». El parásito que cultiva el deporte del patriotismo en tiempo de paz, es hábil para sortear los riesgos de las levás; él, que goza más que ninguno de la perfección urbana, posee mil recursos para reducir sus contribuciones. Ahora recuerda con angustia aquellas guerras del Japón, Rusia y de los Balkanes, que sirvieron para amenizarle los periódicos. Aquellas guerras eran tan lejanas, que se segufan igual que las peripecias vistas en un cinematógrafo divertido. Pero la repercusión económica la obliga ya á preocuparse de su presupuesto: por primera vez, piensa en el valor intrínseco de tantas cosas de que se ha servido en la vida: el pan, el techo seguro, las cien necesarias menudencias de la vida cotidiana. Lee con inquietud la narración de ciudades abandonadas, de ciudades arrasadas y piensa en sus hermanos los parásitos que vivían en ellas y que habrán tenido que huir. ¡Si á mí me tocara!... Pero no, el parásito posee el benéfico don de saber olvidar... Disminuye su órbita de holganza, cuando las circunstancias le obligan, sin alterar la substancia espiritual de su existencia. Sus adjetivos para calificar la catástrofe, son éstos: la guerra es incómoda, la guerra es aburrida, la guerra no es bastante sensacional. En el fondo de su alma, dos ideas opuestas se alfan: «Si fuera posible conocer sólo de un golpe el resultado de la lucha y librarse de la tensión de cada día...» «Si en vez de empezar la guerra á las puertas del Otoño, hubiera empezado á comienzos de Primavera, me hubiera ido á una playa escondida, á donde no llegaran periódicos, á donde no fueran á turbarme la tranquilidad...» No contento de haberle negado á la civilización un esfuerzo activo, querría negarle hasta el tributo pasivo de preocuparse, de sufrir por el trance en que la obra de la paz y del desenvolvimiento humano se ven. A veces, el parásito tiene preferencias, pero nunca guía su simpatía una de raza ó razón intelectual

consciente; sigue la contienda como podría seguir una carrera de caballos; cuando más, si quiere que venza tal país, es porque allí, hace tiempo, conoció á una mujer que...; y si quiere que venza este otro, es por que un deseo bastardo y obscuro le hace admirar la fuerza que troncha y domina, sin vislumbrar las consecuencias cercanas ó lejanas de estar á merced de ellas... En este partidarismo que ninguna llama pura sostiene, pone el parásito la pasión economizada durante tantos años en su alma; pero hasta en eso es infecundo, porque su alma prudente jamás llega á exponer al cuerpo á sufrir quebranto para ella. Y así la idea es como si no existiera, pues quien no es fuerte para quemar en el ara de su convicción, siquiera algo de las ventajas materiales, es indigno de poder decir ninguna de las fórmulas mágicas: «yo siento, yo pienso, yo quiero», tesoro del espíritu y numen de cuantas acciones imperecederas ha realizado el hombre.

En estos días cruentos en que la violencia no satisfecha con la sangre y la carne de los campos de batalla, ha puesto sus garras sobre algunas ciudades, desarraigando vidas, inmolando en el altar de Marte á los devotos de Triptolemo y de Mercurio, una complacencia cruel, pero justificada, lleva á pensar en los parásitos que habrán sido absorbidos por el torbellino. En los sinsabores del éxito, en la incertidumbre de la amenaza, en la desolación de las ruinas, la nostalgia de sus ocios dorados, pudiera ser un motivo de redención, si no fuera la contumacia la cifra de su espíritu; pensarán en las noches luminosas de Viena, en los girones de valeses que flotan sobre *lowengasse*; pensarán en las representaciones de la *Monnaie*, en los *Music-halls* de Amberes, en las *boîtes* de la *rue Blanche* y de la *place Pigalle*. (¿Para qué pensar en el templo de Reims destruido, sagrario de la fe, en la biblioteca de Lovaina, sagrario de la cultura?). Y en cuanto las olas se aquieten, el recuerdo del pasado horror, hará que los parásitos que sobrevivan se muestren graves, como si fueran á tomar otro rumbo... Mas, poco á poco, el tiempo irá debilitando los recuerdos; el beleño del olvido se tenderá sobre el pasado, mientras que una niebla de despreocupación nuble el porvenir. El parásito se afincará de nuevo junto al tronco del progreso, al cual roba exaciamente toda la savia que no le da. Y en la sucesión de los tiempos, sólo saldrá de su marasmo cada vez en que la civilización—trágica Penélope,—deshaga en la noche de la guerra la labor hecha á la luz de la paz, pacientemente, maravillosamente.

LA ESFERA

UN ESTRENO EN EL TEATRO DE LA PRINCESA

"LAS FLORES DE ARAGÓN"



MARÍA GUERRERO Y FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA

En una escena del primer acto de "Las flores de Aragón", drama poético original de D. Eduardo Marquina,
estrenado con éxito en el Teatro de la Princesa, de Madrid

FOT. SALAZAR



NOTAS MADRILEÑAS

EL JARDÍN BOTÁNICO

HUMILDE y recogido, sin humareda de automóviles, ni gloria de monumentos, ni algazara de juegos de agua, ni belvederes, el Jardín trasladado por el gran Carlos III, desde el soto de «Migas Calientes» al sitio que hoy ocupa, brinda suavísimo consuelo.

En algunos rincones flota silencio de cátedra; en otros, la belleza de sus arrayanes recortados, de sus escalinatas verdinosas, de sus estatuas mutiladas, le viste con solemne ropaje romántico.

La autoridad de Linneo vigila por entre la arboleda, pero no sería raro que una tarde cualquiera de Octubre viésemos á otro Cyrano disipar el oro de un suspiro, bajo la amarillenta y crepitante lluvia de la hojarasca, recordando los ojos de Roxana... Jardín propicio, magnánimo; Jardín de ciencia y de olvido, con igual ternura acoge á nuestro distinguido contertulio el estudiante de Farmacia, á nuestra antigua preocupación la oficiala de sombreros, á nuestro respetable vecino el jubilado de Hacienda y á nuestro hijo mayor que quiere ser, definitivamente, *maquinista de tren ó Kaiser...*

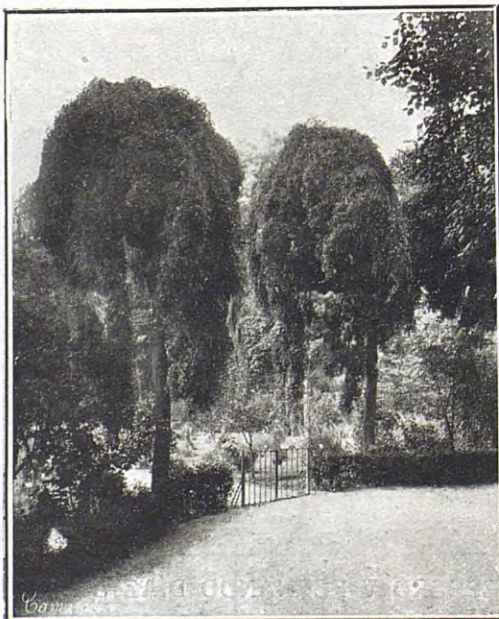
ooo

Este lugar, antes que Jardín puramente de recreo es, como ningún madrileño ignora, aula al aire libre «destinada á favorecer el estudio de la Agricultura y de la Botánica».

Sería imprudente, pues, hablar de fraude. Los árboles en este caso, desempeñan un noble papel de muestras; el Jardín es un catálogo; anaqueladas las hileras; páginas la plazoleta, el arriate y la estufa.

Si alguna vez el viento menea la fronda, no habléis á tontas y á locas de la poesía elegíaca

de un atardecer de invierno, sino de la altura extraordinaria que suelen alcanzar el *Eucaliptus amygdalinus* ó el *Adansonia digitata*. ¿Qué es eso de mentar el arroyuelo murmurador que corre bajo la verde enramada? Trátase, en suma, del rumor que suscita cierto cuerpo incoloro, inodoro é insípido, en estado líquido (protóxido



Detalle de uno de los paseos del Jardín Botánico

de hidrógeno H²O) deslizándose á la sombra de cualquier plátano falso, ó del más vulgar *Aesculus hippocastanum*...

El público habitual del Jardín Botánico no otorga gran atención á los sendos carteles escritos en latín y fijados al tronco de los árboles. Seamos indulgentes.

¿Qué suponen para él estos letreros, por los cuales perdura en el paisaje cierta útil traza de Museo? El sensitivo no halla nada menos sugeridor que una vitriera atestada de gemas ó de mariposas, con sus papeles escritos, donde consta su nombre científico, la familia á que pertenecen y el tamaño en milímetros ó el peso en quilates, de su hermosura. Prefiere evocar las manos finas que las preciosas joyas recamaban, ó el cielo bajo el cual volaron aquellos insectos antes de morir, atravesados por el rígido alfiler de la ciencia.

Pero el deseo de instruir suele comprometer la bienaventuranza de soñar. Todas las cosas con rótulo se ven despojadas de la mitad de su prestigio. Saber cómo se llama en latín un rosal, es muy provechoso para el estudiante, aunque no añade fragancias al madrigal del enamorado.

Por esta razón el inculto paseante no se cuida de averiguar si alguna vez está meditando nada menos que al pie de un *Aesculus rubicunda*. Y, á lo mejor, rompe el hilo sutil de la quimera, viendo que se ha detenido junto á un *Ailanthus glandulosa*, ó no admira, sin distraerse funestamente, la esbeltez de un *Fraxinus Augustifolia*.

Tampoco, para ilustrarse, lanza un vistazo á los batallones de macetas colmadas de flores, cada cual con su tarjetón; y en vez de saber qué son plantas vasculares ó fanerógamas, y aun de entablar conocimientos con la apreciable familia

de las ranunculáceas ó de las dycotiledóneas, ve cómo enciende el sol los manojos de claveles ó con qué graciosa languidez decorativa caen las ramas de ese árbol amable que se llama *Sophora japónica péndula*...

ooo

Pero si gustais del ensimismamiento sabroso, si las estridencias del mundo os desazonan, si creéis con Campoamor que

un árbol, una piedra y una fuente pueden ser el edén de nuestra vida,

acudid al Botánico. En este sosegado rincón hallaréis honda paz, sin las teatralidades ni exhibiciones que otros puntos, solícitamente cuidados, ofrecen al transeunte con traje nuevo ó compañera bonita.

Si no queréis dispersaros, prodigaros estúpidamente en honor á la confidencia ó al comentario, este Jardín os regalará la sinceridad de un espejo bien azogado, ante el cual el alma de muchos solitarios gusta de desnudarse castamente. Por donde este refugio ganará en dulzura y efusión aquello que otros más abiertos, bulliciosos y estratégicos no se dignan conceder á las humanas muchedumbres.

¡Cuán amigo se hace del que le visita sin impacencias ni prejuicios! La variedad de sus árboles, la frescura de su ambiente, la sugestión de su silencio, la humilde voz con que llama al ocioso desde un rincón cualquiera, todo ello es delicia de los sentidos y bálsamo de los nervios. Cobra muchas veces aspecto de templo, y en la verde penumbra de la sombra suenan más acordadamente que en ningún otro sitio de esparcimiento, las risas de los chiquillos y las piadas de los pájaros.

Todo el Jardín Botánico es serenidad. La Ciencia, refugiada en él, le ha comunicado nobleza y ponderación, hermosura no de chiquilla ato-

londradamente fresca, antes bien de dama señorial, que si no arrancó á la esfinge su secreto supo adueñarse de la aristocracia de su sonrisa.

Con todo, aunque este Jardín irradia severa poesía otoñal, allá por primavera sonríe con paganía maravillosa, y siendo sesudo y prócer, la luz le agasaja, endominga y galantea ofrendándole la misma fastuosidad que en Versalles, en Aranjuez ó en La Granja pudo prodigar un Le Notre ó apetecer un Felipe V...

Preciso es confesarlo. El Parque del Oeste, flamante y algarero, ha hecho una competencia decisiva al Jardín Botánico, del mismo modo

da por la tibieza de la tarde, la misma trascendencia emocional al crepúsculo, al vaso de leche y al busto del militar muerto en Africa. En el Retiro reúnese la turba estudiantil, la chiquillería aristocrática, las parejas de novios, el vago y el paleta. Algún artista busca hacia las tapias, desde el altozano, por la parte que mira al Este, la magia de la puesta del sol desparramándose sobre la llanura castellana, que allí empieza á amarillear, noble y austera... Y al Botánico suelen acudir, además de los estudiantes de Farmacia, —que van por obligación—y de tal cual misántropo que se pierde por las avenidas excéntricas, niños humildes y viejos jubilados...

Haciendo amplia síntesis de los tres puntos amenos más principales de la Villa, un mozo declararíá: «En el Parque del Oeste se encuentra la novia; en el Retiro se formalizan las relaciones con ella; al Botánico se va á leer sus cartas»...

Otro pintaría el alma de estos rincones así: «En el Parque busco la salud; en el Retiro la derrocho; en el Botánico la recuerdo»...

Y un tercero, acaso se expresara de esta suerte: «En el Parque, tan pintoresco, soñé con la aventura, quise viajar, me sentí optimista y ambicioso; el Retiro moderó mis fiebres sugiriéndome el ansia de tener un hogar; al Botánico iré únicamente cuando *La Corres* publique números de veinte páginas y me interese, más que la reseña de toros, la cotización de Bolsa...»

El Parque—concluimos nosotros—es un coro general; el Retiro un dúo; el Botánico un monólogo. Aquel que huya de la garrulería, aun privándose del magnífico panorama que los altos de Rosales brindan, vendrá á este Jardín humilde donde no se carcajea, como en el Parque, ni se besa, cual en el Retiro, sino que se suspira—lo mismo que en la selva pavorosa de la vida.

E. RAMIREZ ANGEL



Niños jugando en el Jardín Botánico

que apagó las apoteosis del Retiro. Mejor dicho, al nuevo Parque se debe lo que podría llamarse una «revisión de muchedumbres», una clasificación social, un encasillamiento humano.

La ociosidad ó el apetito de vivir de los madrileños se ha dividido, como mansa corriente, en tres brazos. Sabido es que el Parque seduce principalmente á las familias, á los convalecientes, á la pequeña burguesía que tribuye, arrulla-



Uno de los viveros del Jardín Botánico

FOTS. SALAZAR



Constantinopla.—Vista de la población tomada desde el Arsenal

FOTS. HUGELMANN

LA INTERVENCIÓN DE TURQUÍA EN LA GUERRA

La acción de Turquía en la guerra continúa siendo hasta ahora un factor de importancia muy relativa. En efecto, sea porque aún no tenga ultimada su movilización ó terminados sus aprestos, ó sea por dificultades surgidas en el alto mando, es el caso que ni en el territorio ruso ni en el anglo-egipcio, por las huestes otomanas amenazados, no se ha señalado aún ningún hecho de armas brillante. Se

ha hablado de la ocupación del Canal de Suez por los turcos, y de una gran victoria alcanzada en el Cáucaso sobre los rusos. Mas se debe acoger tal información con reservas, pues ni el acceso á la región de Suez pudiera haberse efectuado sin combates encarnizados, de los que no hay noticia oficial, ni es presumible la realización de un avance rápido del ejército turco en el Sur de Rusia en la presente época del año.



Puerta del Ministerio de la Guerra, en Constantinopla.—Djemal Bajá, ministro de Marina de Turquía, que ha sido nombrado generalísimo del ejército de operaciones contra Egipto.—Vista del jardín del Hipódromo.—Enver Bajá, ministro de la guerra de Turquía

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL
EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA
Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. MASSIP y COMPAÑÍA—Rivadavia, 698)

PAGOS ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica :: y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 ::

UN RESFRIADO MAL CUIDADO

es una puerta abierta
á todas las ENFERMEDADES
de la GARGANTA, de lo. BRONQUIOS
y de los PULMONES

**! NO DESCUIDE V. JAMAS UN CONSTIPADO!
PUEDE V. CURARLO**

en pocos días, radicalmente y á poco coste
con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS

Pero, sobre todo, no emplee V. sino las

VERDADERAS

PASTILLAS VALDA

las que se venden sólo

En CAJAS de Ptas. 1.50

con el nombre VALDA en la tapa
y nunca de otra manera

AGENTES GENERALES: Vicente FERRER y C^{ia},
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucalyptol. 0.0005
Azúcar-Goma.

K Â U L A K FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

Se admiten suscripciones y anun-
cios para este periódico en la

LIBRERIA DE SAN MARTIN
PUERTA DEL SOL, 6

MADRID

Venta de números
00000000 sueltos 00000000

ESPAÑA ANTE LA GUERRA

por DIONISIO PÉREZ

Un tomo de más de 200 páginas, en el que se incluyen los artículos
publicados en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", por nuestro ilustre
colaborador

PRECIO 2,50 PESETAS

Nuestros lectores y corresponsales pueden dirigir sus pedidos
á la Administración de "Prensa Gráfica", Hermosilla, núm. 57

Jabon del **Flores** **Campo**

Los niños nacen sabiendo.
La nurse es tambien inteligente.
Mostrando una pastilla de Jabon
Flores del Campo
cesan las rabietas.

Supera al mejor
extranjero



Creacion de la
Perfumeria
FLORALIA
Granada 2, MADRID

Pts. 1,25 pastilla

BARTOLINI

EN LAS BUENAS PERFUMERIAS